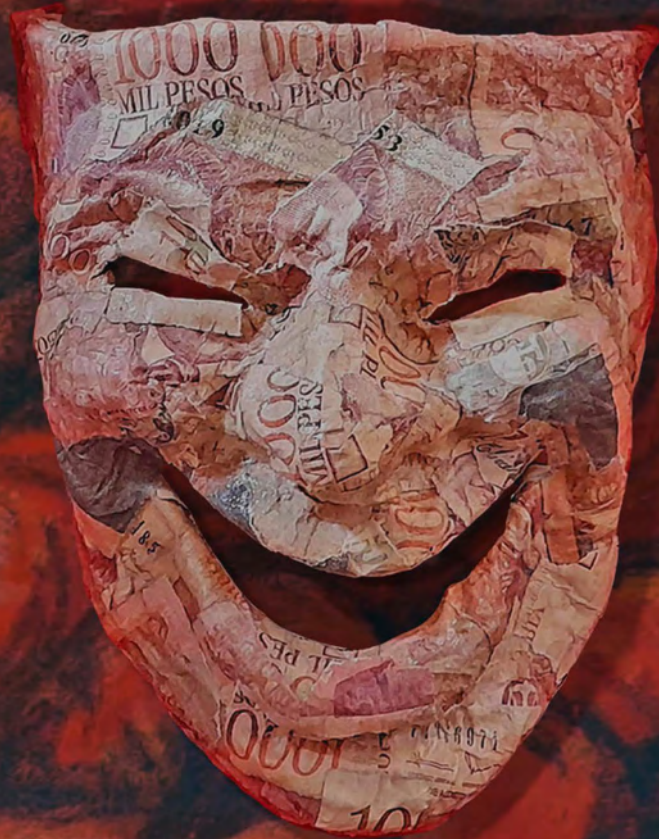


EL SUR DEL DIABLO

ARMANDO REVELO LÓPEZ



Editorial
Universidad de Naritío



Editorial
Universidad de Nariño

EL SUR DEL DIABLO

EL SUR DEL DIABLO

Armando Revelo López



Editorial
Universidad de Nariño

Revelo López, Armando
El sur del diablo / Armando Revelo López. -- San Juan de Pasto : Editorial Universidad de Nariño,
2024
122 páginas.

ISBN: 978-628-7679-69-6

1. Literatura colombiana 2. Novela—Nariño (Colombia)

Co863.44 R451 – SCDD-Ed. 22



EL SUR DEL DIABLO

© Editorial Universidad de Nariño

© Armando Revelo López
artmando66@hotmail.com

ISBN: 978-628-7679-69-6

Corrección de estilo: Gonzalo Jiménez Mahecha

Imagen de portada: El Papel de santo, pieza escultórica - ensamblaje. Paulo Bernal

Diseño y digramación: David Sebastian Benavides

Fecha de publicación: Junio 2024

San Juan de Pasto -Nariño -Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de su autor o de la Editorial Universidad Nariño

CONTENIDO

UNDÍVAGO.....	7
LA INICIACIÓN	10
LA COMUNIDAD RESONADA.....	14
LA INCISIÓN	17
PRIMATES, ESQUIRLAS Y PERROS NEGROS.....	19
ZOOSPERMO	22
DE ANIMALES, RATERÍAS Y BABOSAS	26
LALITO.....	30
CHAMAN METAL	33
CORRIENTE EBRIA.....	37
SANTIFICADO SEA TU NOMBRE	44
EL SACERDOTE Y LA DAMA DE HIERRO.....	51
LUPANARES, CHAPIL Y ROCK AND ROLL.....	59
PONY	65
SALTAMONTES AZULES.....	67
MACHINES EN EL PRECIPICIO.....	74
EXSORCISMO NUBES VERDES	84
NEMOTECNIA DEL CHANCUCO	92
BLACK RAIMY	100
GUAGUAS OF THE GRAVE.....	108
OTARIOS Y CACATÚAS MELÓDICAS	112
CLARO DE BOSQUE	115



UNDÍVAGO

*Rites of death, Return to Hell
I am Satan's child, attack you with Spell
Sodom, Blasphemer*

Brutales, las historias que les traigo, de ebrios y locos en mi vecindario. Una de ellas, retumbante a los oídos de los residentes, los conocidos y los círculos de metaleros. Una tarde anaranjada, olorosa a yerba de gallinazo, el viejo Max invitó a una chica, trabadísima, para ir al río y, en una casa vieja donde años atrás funcionaba un molino de agua, la dejó desnuda, atada a los engranajes de la rueda. Los pliegues de las ataduras que ceñían la piel de la chica se notaban claramente en la pintura. Mujer de unos 25 a 30 años, con crespos alborotados, caderas robustecidas y los senos de calabaza. En una de nuestras extendidas borracheras, el viejo Max sacó el cuadro de un escondite y me compartió un vistazo de la obra.

Max Caronte, mi vecino, cancionaba Nevros e Inquisition todas las mañanas antes de ir al trabajo. El sonido, constelación de otro mundo. Seis de la mañana, mientras las señoras salían a comprar el pan o botar la basura, la casetera desgarraba la castidad del vecindario: "El que tenga oídos que oiga". El sonido desinfectaba el pus de las calles del barrio. Las beatas, buscando respuestas, temblorosas inclinaban sus cabezas ante los traseros de sus santos. El susodicho,

el demonio, se despertaba de su letargo y se encaminaba a su faena cotidiana. Obrero del mal.

Pero cuando el sonido se caía, cuando el man se esfumaba y daba vuelta en la esquina, las señoras emergían de sus escondites, con sus voces de reflujo de cerdos, se entrelazaban en cuchicheos clandestinos.

—Miró, vecina —regurgitaban—, ¡cómo danzaba el satánico! endemoniado, se estrellaba contra las paredes. Entonces, la madre del vecino alcanzaba a oírlos y les pegaba severa enmienda, —Viejas gallinazas y quedadas, más satánicas serán ustedes que se encierran entre mujeres a masturbarse con las bolitas de la camándula.

Así, afilé mi oído, avivando las voces de la música. Al principio, solo de oídas. Me alzaba con urgencia, trepando la escalera de la lavandería, para detenerme y escuchar la melodía que el vecino tejía en su itinerario sonoro. En español, al menos, se filtraban algunas palabras: “ave Lucifer”, “muerte”, “barbarie”, “Cristo”, “hipocresía”, “plaga”, “cáliz”, “sangre”. Pero en inglés, nada; con el tiempo, comprendí que no se trataba de entender, sino de sentir, de escuchar y dejarme llevar por las notas, como un náufrago a la deriva en un mar de sonidos.

Mis queridos devoradores de notas, ¿acaso al sumergirse en las huestes metálicas comprendían cada palabra que rugía desde la casetera? ¿Sí o no? La respuesta es un estruendoso silencio. Al principio, el lenguaje de las guitarras y los tambores se desvanecía en un torbellino ininteligible. Así que, con tesón, repetíamos los acordes, presionando las teclas: Rewind, Stop y Play, hasta que la canción se inscribía en nuestra memoria auditiva. A veces, solo atrapábamos la melodía, la pronunciación que medio creíamos entender. Pero lo auténticamente cierto es que el oído se educa. Al principio, como

un músculo renuente, hay que forzarlo. Porque, admitámoslo, no nacemos sintonizando a Mahler o a Schubert. No, eso requiere afinar el oído, pulirlo con la aspereza de los riffs y los alaridos. Así, poco a poco, nos convertimos en cómplices de las notas, en amantes de la disonancia y el rugido. Bueno, el cuento es el siguiente. En un atardecer sabatino, después de la jornada de trabajo, el viejo Max me entregó un obsequio. Todos los sábados el man llegaba de trabajar tipo mediodía, se bañaba, se pulía y se iba con sus amigos mechudos a no sé dónde. Los manes lo esperaban en un Ford clásico, enorme, tipo carro de Batman, retumbando metal a todo volumen. El hombre emergía de su gabán negro, con sus botas texanas que brillaban como luminarias y se trepaba con los tipos. Esa tarde, antes de que el man saliera de la casa, alcanzó a pillarme trepado en la lavandería. De su gabardina extrajo algo y extendió la mano:

—Tome, pelado, para que le vaya entregando el alma al Diablo.



LA INICIACIÓN

—Bien. ¡Qué detallazo!, full casete, pero ¿dónde lo escucho? — Se subía al carro y llegaba el domingo a media tarde, completamente ebrio, vuelto añicos, por pedazos. Las botas ya no relucían como cadenas y tampoco traía gabán; llegaba en camiseta y con el pelo alborotado, mutado el rostro y hediondo a tabaco. En la camiseta que lucía decía Mayhem, Deathcrush. Una camiseta roja con unas manos cercenadas colgando de una soga. En la mano traía una botella de plástico, con una bebida cristalina, de la que echaba bocanadas de demonio. Mueca violenta. Encerrada en el cuarto. Carnicería.

Se escuchó de afuera la caída de varios casetes y CD's. De pronto se encendió un equipo de sonido. Primero canciones en inglés, bestialidades, canciones atropelladoras, rápidas: las guitarras casi no se las escuchaba, la voz desgarradora como si estuviera la garganta atragantada de puntillas; después, una pausa y la atropelladora batería, ¡tas, tas, tas, tas!, Locomotora. Aún no terminaba el tema y reemplazó el casete por otro. Terror. Metal en español, se alcanzaban a escuchar campanas y aullidos medievales:

—¡Qué haces ahí!, —me asustó mi madre con un grito que llegó desvaneciéndose con la hostil armonía que el vecino susurraba tras la puerta.

—Nada, mamita. Pasando, pasando, — mientras colgaba la ropa al tendedero, mezclándola con las prendas de todo el vecindario.

El otro día, entre las medias, se escondió una tanga de la hermana del vecino y una camiseta negra con la inscripción "Bathory", donde una cabra en relieve blanco parecía susurrar secretos. Con el paso de los días, descubrí que el nombre "Bathory" fue tomado por una condesa, quizás de algún oscuro rincón de la historia, una vampiresa sádica que torturaba jovencitas y se bañaba en su sangre.

Después de tres o cuatro temas más, el vecino, como un suspiro apagado, se sumió en el sueño. Entonces, me deslicé hacia los rincones, desenterrando mi casetico: *The Best Of the Beast*, proclamaba la carátula frontal. En ella, momias y calaveras se erguían, vestidas con uniformes de soldados, vendajes, chaquetas de cuero y camisas que solo los posesos portan. Y allí, en la portada, un cuerpo sin piel, sus fibras musculares disfrazadas como un guerrero espacial. El dilema persistía: ¿dónde escucharlo? ¿En qué rincón de mi existencia resonaría la épica de *Iron Maiden*?

Lo volví a refundir en una caja de trastes viejos, pero importantes. Una caja de tesoros, así llamaba a aquel receptáculo de memorias y secretos. En su interior, el libro de Henry Miller, rescatado por las manos de mi abuela, emergía como la punta de un bareto en la penumbra. ¿Quién sabe qué historias tejía entre sus páginas? Lo guardamos, como si su tinta escondiera la clave para desentrañar los nombres del diablo. Junto al libro, reposaba un tetris maltrecho, un regalo de los patrones de la abuela. Sus piezas desgastadas, como fragmentos de un rompecabezas cósmico, evocaban tardes de concentración y frustración. Y allí, como un guiño al pasado, una camiseta de Mickey Mouse, testigo de mis primeros pasos en este laberinto podrido.

Pero la joya más inesperada era la pipa artesanal, encontrada afuera de las piezas de Lalito. ¿Cuántos suspiros, cuántos plones ha-

brían pasado por su cauce de plástico, de palito de BON BON BUM? A propósito, parece que ya llega alborotando, ¿lo oyen? Lalito se levanta a la dos de la mañana a trabajar, pues el hombre camella en una panadería.

Cuando cruzaba el umbral del colegio, lo observaba revoloteando con su parche de borrachos. Sus movimientos, erráticos como libélulas embriagadas, se estrellaban contra la realidad. Eran libélulas hinchadas y lastimadas, golpeadas por la vida. Sin cielo, sin alas que les permitieran elevarse. Sí, son las tres de la tarde, y es Lalito quien llega. En media hora, caerá profundo en el abismo de su propia ebriedad. Lo sé, porque se quedaba en silencio, y sus ojos, vidriosos y perdidos, renegaban contra el mundo. Un día, lo sorprendí por su ventana. El hombre arrastró sus pasos hasta la cocina, tomó un vaso de agua, el grifo siempre abierto, como si buscara ahogar sus penas en el líquido transparente.

Encendió la radio, y las voces distorsionadas llenaron la habitación. Habló del ejército, de los camaradas que nunca regresaron, del pan quemándose en el horno, una metáfora de su propia existencia. Mencionó la plata que le robaron, como si el mundo entero conspirara contra él. Después, en un rincón de la habitación, lloriqueó unos cuantos balbuceos. Evocó a su esposa, la que lo dejó solitario en este mundo de botellas vacías. Al final, sacó de debajo de la cama una pipa, antigua y desgastada. Aspiró unas cuantas bocanadas, tosió, y se fue quedando dormido, envuelto en el humo gris de sus recuerdos.

El otro día llegó con una borracha, que casi la iba des-venturando en el camino. Dos pasos adelante, mano a las nalgas, uno para atrás; la borracha le quitaba la mano. Imaginando lo que pasaría, me fui corriendo hasta la ventana. Entraron al cuarto. La borracha se sen-

tó en una silla, puso los brazos sobre la mesa y parecía quedar dormida. Lalito fue a levantarla con un vaso de café frío. La mujer se dejó caer la bebida por un lado de la boca; en esas que el borracho se tira a lamerla: la lamía como un animal herido. Suave al principio, después atolondrado, con mordiscos. La borracha terminó por estrujar y lanzar el vaso de café y se tiró al cuello de Lalito con las piernas en alto. Elevada, con sus nalgas apretadas entre las manos del ebrio, la llevó hasta su catre. La recostó, le quitó los zapatos y empezó nuevamente con su lamería, pero ahora de pies, “repugnante”. ¿Desean que les revele, en versos de humildad, el ritual de los pies lavados? Aguanten y de paso les cuento qué más contenía la caja.



LA COMUNIDAD RESONADA

Después de la liturgia del Jueves Santo, su mano se hundió en el pantalón raído, un tejido impregnado de días, sudor y desgaste. Allí, entre las zancas, buscó la pelusa como un alquimista de miserias, mientras sus dedos jugaban con las hebras. Pero fue cuando su boca sin muelas se abalanzó sobre las piernas, que mi paciencia se desmoronó. El hombre ascendía con un lengüeteo desalmado. Testigo de aquel sacrilegio carnal, me aparté, dejando que la penumbra lo devorara. En la oscuridad, sus labios, ávidos y desdentados, trazaron un camino de pecado sobre la piel ajada. Las piernas, como columnas de un templo maldito, cedieron ante la lujuria insaciable. Yo, espectador mudo, me convertí en cómplice de la oscuridad, permitiendo que el abismo se cerrara.

En la caja, escondidas como secretos, reposaban otras pequeñeces que prefiero mantener en la penumbra. Con sutileza, las liberé al mundo. Mi deber consistía en fundir el casete, borrar sus huellas, y aguardar que nadie lo descubriera. El momento se aproximaba: el bautizo de los gemelos, una ceremonia donde la música resonaría en el antiguo equipo de sonido familiar. Ansiaba mi turno en el coro de sonidos, como si las notas pudieran redimirme. Sin embargo, en aquel instante, el privilegio recaía sobre mi prima.

Habíamos contribuido con rifas y bingos para adquirir el aparato, reservándolo para ocasiones especiales. Juliana celebraba su

cumpleaños, y la responsabilidad abalanceaba sobre ella. Luego, en días cercanos, llegó el bautizo de los gemelos; así fue como el viejo equipo de sonido llegó a nuestras manos. Los gemelos, los últimos en nacer, emergieron con esfuerzo del útero gastado y cansado de mi madre. Casi se resistían a abandonar su refugio. Pronto, los harían cristianos, expulsando al Diablo, al pecado original, a la culpa y la conciencia turbia. O eso dicen. Sin embargo, bautizado hace tiempo, sigo anhelando la ferocidad y la curiosidad en los dormitorios ajenos. El agua bendita no me ha servido de nada.

Por ahí dicen que era una triquiñuela de la Iglesia para meter miedo a los descreídos y adúlteros, y ustedes, mis amigos comedores de gato, se preguntarán por qué meto en esta colada al adulterio. Pues, simple, porque así los venerables señores de la villa no visitaban prostíbulos, no ven que así los tenían amenazados; les decían que donde chillaba el niño auca, el niño sin bautismo, ahí seguro que había una casa de mala muerte y mujeres juguetonas mal portándose.

Sí, así como lo oyen, lo escuchan, lo leen o lo que sea; el Guagua Auca era otra de las invenciones de la santísima fisgona para quitar del salvajismo a los recién nacidos, a los que nacían con el pecado original, y limpiarlos con agua bendita para incluirlos en el reino de los cielos. Primero, la historia empezó con apariciones de un niño de llanto desconsolado a los borrachos mujeriegos; se les aparecía detrás de una peña envuelto en un pañal blanco y, cuando se acercaban a consolarlo, se transformaba en demonio. Esas eran las primeras estrategias de evangelización que permitían colonizar y quitar las sapiencias de los indios, a los que no les gustaba bautizar a sus niños con el signo del agua, porque, para ellos, en sus lenguas, no existía la palabra mal ni mucho menos pecado original. Con el tiem-

po el Guagua Auca empezó a modernizarse, empezó a lloriquear cuando llegaron los primeros prostíbulos a los pueblos.

Eso, entonces. Después de que nos tocó el turno para desatar los acordes en la celebración del bautizo de los gemelos, al tercer día, de seguro me correspondía hacer resonar el pequeño casete. Tocaba al tercer día, pues la festividad se extendió a lo largo del viernes, sábado y domingo. Imaginen, mis estimados, que no es todos los días que uno se encuentra cara a cara con el Diablo, y era bien conocida la fascinación de mis parientes por el licor; tan evidente, que el bautizo se llevó a cabo con agua de fuego. No por chismoso, sino por curioso, observé cómo extraían de la camioneta del vecino tres canecas de chapil de Piedra Ancha. Este chapil fue adquirido entre todos los habitantes de los cuartos. Así fue; a mi padre únicamente le correspondió aportar en la comida. Hasta las últimas vísperas, estuve preocupado, ya que no disponía de nada. Ni siquiera encontraba pleito; tanto insistió, que también tuvo que salir durante el día. A la carrera, llegó el viernes por la mañana con unos aretes de oro atravesando su garganta. Lo afortunado es que la casa quedaba cercana al Parque San Felipe y los agentes de la ley rara vez se aventuraban por esta zona. Bueno, solo lo hicieron una vez, cuando vinieron a mi hogar en busca de la Colibrita.



LA INCISIÓN

¡Tas! ¡Tas! ¡Tas! sonó la puerta de entrada de los cuartos un lunes por la noche. Mi papá se levantó en calzoncillos para ver quién era. De una entraron cuatro macancanes de policías preguntando por mí. Mi viejo les dijo que estaba dormido. Era cierto. Yo había llegado vuelto un costal de harina en la tarde. Me embriagué todo el fin de semana. Los manes fueron a levantarme y, entre dormido y despierto, me preguntaron por la Colibrita. Realmente yo no sabía nada; la pelada se perdió con un parche de "blakeros". Estuvo con nosotros, después se envolató entre bares y paila, se perdió. Era ya costumbre en ella; sus inclinaciones satánicas la hacían siempre terminar parchada con esos manes. Es que era una vieja rancia. Cuerda era todo bien, pero cuando se embriagaba no sabíamos en dónde ponerla. El único que la aguantaba era el viejo Thonder, que de viejo no tenía nada, porque era el menor del parche y desde hacía tiempo la vieja lo llevaba envolotado. El hecho es que la pelada estaba perdida ya por varios días y la banda se quedaba sin parcerera y sin bajista.

Lo único que recuerdo es que la vieja se puso teja, enojadísima. La explosión la inició Thonder por no servirle un trago. Entonces, lo primero que hizo fue ir hasta la licorera de la calle en donde estábamos y compró una botella de brandy y se puso a repartirla

—A vos te doy dos copas, —le dijo a Thonder con ironía, saltándoselo.

—No molestes. Discúlpame, se me pasó, —le dijo Thonder, me-

dio borracho. Pero, ella, nada; se empecinó toda la noche en bregar y bregar y montársela al hombre.

Desde entonces se perdió, y esa fue la fractura, el corte, la incisión de la cabeza al corazón, del cuerpo al alma. Porque cada vez que pasaban los días, nos hacía falta la muchacha. No ya para nuestros proyectos de banda, sino como amiga. Como vieja. Como par-cera. Como presencia. Parecía escuchar pegar sus carcajadas. Sus puteadas se perdían. En un adefesio de primer ensayo sin la nena, nos quedamos quietos, encendidos los ampletos y escuchando el sonido de la conexión de las líneas; no supimos por dónde empezar. Decidimos no ensayar y dejar todo tirado. Hacía falta la Colibrita, su voz, sus insultos, su cuerpo sin exorcizar.



PRIMATES, ESQUIRLAS Y PERROS NEGROS

Bien sentados en sillas de plástico se encontraban todos los vecinos del barrio. Con la venta de los aretes, le había alcanzado a mi papá hasta para alquilar buenas sillas Rimax. Iban llegando los vecinos con sus hijos, se sentaban en las sillas y mandaban a jugar a los pelados, pero ¡Ay que se ensucien y se despeinen!, al menos la primera hora, antes del brindis; después ya ni se acordaban que tenían hijos; los mandaban a dormir a los cuartos y los mayores seguían la fiesta, hasta lo que dure. Que tómesese unita. Que conmigo no ha tomado. Que primero la suya. Pero llena y hasta el fondo. Que si gotea, repite. Y mientras ellos se desfiguraban de la alegría, nosotros afuera, en el patio, haciendo nuestra propia fiesta. Nos terminábamos las colillas de los cigarrillos, echábamos tronantes, tomábamos vino, les declarábamos amor a nuestras primas jugando a las escondidas. Los más precoces aparecían a la media hora. Los encontraban en lo oscuro, bajados los pantalones, pero, nada de nada. Y, después, los intrépidos chismeaban:

—No quiso, que todavía no. Que le duele. Que después de los 15 de una, lo que quiera.

Esa noche, después de que todos los pelados se fueran a dormir, me llevé a Jaguar al cuarto

—Mire, primate, le voy a mostrar una vaina, pero ni se le ocurra contarle a nadie, —y le sacaba de la caja la pipa de Lalito con algunas

esquirlitas bailando sobre el papel aluminio; y el man que de una, que le echemos candela, a ver qué nos hace. Y la encendíamos y nos atragantábamos y después se desprendían de nuestras bocas cascadas de vómito con olores fétidos que nos empezaban a perseguir por toda la casa. En esas salió un perro negro que quería morder a mi primo, pero no podíamos echarlo, porque cerca de nosotros estaba mi mamá y se iba a dar cuenta de que estábamos embalados

—Cállate, marica; ya viene mi mamá, pillá por debajo de la puerta, parece que ya llegó, mira esa sombra, —y, cuando llegábamos a la puerta, no había nadie. La cerrábamos y volvíamos a ver al perro negro en una esquina del cuarto echando baba por la boca. Así, por cinco minutos, que parecían horas y horas, tratando de no torear al perro y haciendo silencio para que mi mamá no se dé cuenta del embale. Después del calor tan hijuemadre y un toque más aterrizado, le mostré el casete:

—Pille, primate, lo que me regaló el vecino mechudo, —le dije, tendiéndole la mano.

—¿Cuál? ¿El satánico? —me preguntaba medio miedoso.

—¿Cuál satánico?, marica. Ese man lo que es... es un teso; el otro día estaba haciendo tastasear una batería y casi se carga la casa, —le decía, haciendo pantomima de tener unas baquetas en mis manos.

En verdad que el man sí era un duro para la música. Algunos días, yo paraba la oreja bien bonita y el hombre le estaba camellando a la guitarra, otros días al bajo, otros al piano. Era, como dicen las gentes de por acá, un hombre orquesta, ¡ah y qué decir de la vocalización!, el hombre aullaba como un lobo herido. Otros días combinaba batería con voz. ¡Tas, tas, tas, tas, tas, tas, tas, wuooooo, wuooooo, tas, tas, tas, tas, wuooooo, wuooooo! ¡Qué verraquera de batería y qué verraquera de voz! Y ahí era donde las cuchas chismosas asomaban

la cabeza para ver qué estaba pasando y del cuarto del hombre salían cadenciosas melodías que destartaban los tímpanos de las monjitas hipócritas. Es que eran vírgenes magulladas por la vida, por ellas mismas, por el chisme enfermizo, no del chisme que es todo bien, bonito, chistoso; que algunas veces uno también se pica, se unta y termina hablando mierda, pero de la buena. NO. El chisme de las viejas cotorras era veneno puro, nocivo, inventado, aumentado, y en ese excedente era donde nos dábamos cuenta que a las viejas, además de picarles la lengua, les picaba otra cosa. Le pasé el casetico a mi primo y quedamos a escucharlo después de la fiesta. Todo estaba listo. Se terminaba la fiesta por eso del domingo en la noche o lunes en la mañana y, cuando todos se encontraban chumadísimos, encendíamos la vitrola y ¡pamm!, que se desenrolle el rollo, que suene la cinta, ¡por fin! Jaguar abría la casetera despacito, como con miedo:

—Cójala duro men, que eso no muerde, —pero el hombre la tomaba en sus manitos con toda suavidad: —Hermano, donde le encuentren esta cinta, la abuela y su mamá se la queman y lo queman a usted vivo, —me repetía, asustado. Y tenía razón.



ZOOSPERMO

A pesar de ser pobres y mi papá un medio ladrón (lo de medio, porque solo trabajaba medio día o solo noches), nos habían criado católicos, apostólicos y romanos, con todos los sacramentos; preparados con buenos catequistas recomendados por un sacerdote medio tío lejano. Entonces, imaginen ustedes si nos encontraban el casete de música del Diablo

—Viejo Jaguar, si las cosas salen bien, nos vamos de putas, — el muchacho abrió los ojos. Me iba a llevar al pelado al “Miraputas”. Un barrio de ricos que construyeron en unas lomas brutales, que se llamaba Miramontes, porque, en serio, cuando uno se posaba por encima de la carretera donde construyeron el barrio, se alcanzaba a pillar full monte. Algunos eruditos decían que ese era el lugar donde se paraba un poeta ecuatoriano a pillar nubes verdes.

Lo que no pensaron los señores es que, bajo el barrio, en la vía para la frontera, quedaban los burdeles, los lupanares caros. Entonces, todos los pelados nos volábamos del colegio para ir al Miramontes. Entre eso de las dos o tres de la tarde, cuando los soles vertían sus dorados al cien de caliente, las odaliscas salían con sus trajes de baño minúsculos a bañarse con chorro de manguera; cuando estaban bien mojaditas, se quitaban todo, todito, y ahí era cuando se calentaba la cosa, la cosa pequeñita, la cosa chiquita, la cosita de un pelado de doce años experimentando temblores y tambaleos. Cuando iba solo y no aguantaba la efervescencia del burbujeo de

las flamas, ¡pim!, que me bajaba partecita del pantalón y empezaba la frotadora hasta que terminaba expulsando caños de zoospermo disparados hacia la carretera que conducía hacia la frontera. En el éxtasis, se entrecruzaban imágenes de vestidos de baño corticos, teticas, tetotas, frotadas con ricura y refrescantes chorros de agua agilizaban mi cabeza a que todos esos globitos de transparente espeso se esparzan por la vía que acarrea a la frontera y les lleguen a las putitas a las manos y se confundan con el agua. Para allá pensé que llevaría a Jaguar, si después de la fiesta todo salía bien.

Cuando terminó la furrusca, después de una pelea que ni se imaginan, mis queridos comedores de gato, me tocó acompañar a mi abuela a sacar del hospital a mi papá; quince puntos le habían tomado al brazo. Es que, a eso del sábado en la noche, cuando llegó mi tío con su esposa que, por cierto, eran los padrinos de Pachita, mi hermana mayor, mi mamá se puso como rara, tanto así que, cuando fue a servirle la champaña a su compadre, le vertió toda la copa en la camisa. Mi papá y mi tía los quedaron mirando rayado. Después de unos cuantos chapiles, cuenta mi abuela, porque yo no miré, yo me salí con mis primas a beber lo que quedaba de trago en las copas y jugar al pico de la botella.

Me chismoseó todo, la abuela. Me dijo que encontraron a mi mamá con mi tío en el baño. Y adivinen quién los encontró, mi tía la loca, la solterona, la madrina de Chucho y Franquito, mis dos hermanitos mayores, los que están antes de Francisca. Lo cierto es que mi tía fue a traer a mi papá y los encontraron in fraganti, de lleno, sin nada que hacer, fríos, más bien, medio calentones, y mi papá dizque se le fue a mi tío encima y, entre pata va y puño viene, mi tío tomó un cuchillo y se lo incrustó en el brazo derecho y ahí se acabó la fiesta y se llevaron el equipo y ¡paila!, no pude escuchar mi caseto.

La próxima fiesta que me tocó cazar para escuchar la cinta fue la de mi tía Laurita, la solterona, la loca, ¿se acuerdan? Yo de esa fiesta sí me acuerdo bien bonito, porque fue para eso de las fiestas de La Virgen de las Lajas; preciso, mi tía cumplía años el 16 de septiembre; ¿que cómo lo sé?, porque lo leí en la Gran Biblioteca. Ahí andaba curioseando un libro de culturas prehispánicas de Nariño y se me atravesó uno de la cultura Pasto. En el librito se contaban historias de algunos lugares en los que se aparecía el Diablo, dos de ellas muy ligadas al cauce del Río Guáitara, uno de los afluentes de mayor importancia para las comunidades indígenas, y que ahora baja lleno y oloroso de pura mierda y de muertos. La realidad es que el río atraviesa dos lugares que en un tiempo fueron sagrados y que nuevamente, como cosa rara, la santísima figona metió sus narices para endemoniar los espacios y tener pretextos de donde agarrar para evangelizar a aquellos pueblos blasfemos y descreídos. Uno de estos lugares era La piedra de Los Monos, escenario ceremonial en homenaje al sol y la luna y donde dicen se apareció la Virgen de las Lajas.

De tanta Virgen y de tanta fiesta me tocó valerme para poder hacer sonar el casetico. Después de que se terminara la celebración de la tía Laurita y dejáramos con el viejo Jaguar a todos los borrachitos amarrados los cordones de los zapatos unos con otros, nos metimos en el cuarto donde estaba el equipo, allá en un rinconcito apretujado entre matas y maceteros; esperándonos estaba el aparatico, "Vengan, mis futuros endemoniados, escuchen la voz de Satán", parecía que nos insinuaba a lo lejos, desde su nicho bajo hojitas secas, sábila maltrecha y romero amarillento. Estábamos bajando la casetera y ¡talasss!, que sonó el piso de la sala. Mi tía salió gritando como loca, porque dos borrachos se partieron la cabeza; del estruendo, se

levantaron otros dos borrachines y volvieron a resonar en el piso, y así continuamente hasta que los chumaditos se dieron cuenta que estaban entrecruzadas las agujetas.

Salimos corriendo del lugar donde estaba el equipo de sonido. Nada, mis hermanos comedores de gato, no podíamos escuchar el casete. Fuimos a sentarnos a las gradas, con el casete en las manos, pensando y repensando la manera de hacer cancionar la joyita. Una sensación extraña pasaba por mi pecho, mi cabeza, mi cuerpo. Tenía rabia, decepción, tristeza. Me encogí de piernas y solté leves sollozos, que empezaron por empapar mis manos entre babitas, mocos y lágrimas. La misma impronta sentí cuando, después de tres días, no apareció la Colibrita.



DE ANIMALES, RATERÍAS Y BABOSAS

Y ahí fue cuando se le encendió el foco a mi primito Jaguar:

—Gatico, no se preocupe, en el curso hay un pelado que tiene un walkman; yo se lo bajo y escuchamos ese puto caseto; — me quitó las lágrimas de los ojos y le di un abrazo:

—Para las que sea, primate. ¿Qué hay que hacer? —Venga le cuento, Gatico, —me dijo, y me contó el asunto.

Para esos entonces, yo ya me había retirado del colegio, pero conocía perfectamente la movida de las salidas, las entradas y el recreo. El plan era el siguiente: antes de que tocara el timbre para el recreo, Jaguar engatusaría a la representante del curso y le quitaría las llaves del salón, que la pelada acostumbraba a guardar en su bolsillo; la guagüita era una fancita de Jaguar; es que al hombre sí que le sobraba pinta, con ojos verdeamarillentos y todo; de ahí que lo dejaron en el barrio de Jaguar.

El día estaba un poco triste, triste y frío, frío y triste. Me tocaba estar antes de las 3:10 de la tarde, la hora del primer descanso, para que el tipo me pase la maquinita de escuchar casetes por atrás de la tapia del colegio. Lo primero que hizo Jaguar fue enviarle saludos con un compañerito que era llave de la pelada; la niña le dijo que lo mismo; después, le envió una Galak con un papelito que decía que si se pueden quedar solitos un ratico antes de salir al recreo. La pelada aceptó de una, sin problemas y sin preguntar el para qué de la ocasión. Cuando salieron todos los muchachos al recreo, se quedaron

solos; Jaguar le cogió la mano de una y le dijo que si quiere ser la novia; la pelada se quedó sorprendida y le dijo que la dejara pensar; en esas que a Jaguar se le aguan los ojos y le dice que entonces le regale aunque sea un abracito. La pelada lo recibió entre sus brazos con ternura y el avispon le sacó las llaves.

Salieron del salón; Jaguar la invitó a un café con empanada fiada, la dejó en una mesa con pretexto del baño y salió disparado al curso. Abrió la puerta y de una le pegó la raqueteada al bolso del man que tenía el aparato. Pero nada, ¡mucho güevón! ¿Qué estudiante deja el walkman en el curso a la hora de recreo? El pelado sacó un pedazo de cabeza por la tapia:

—Nada, hermano, nada. Vaya y dígales a la Rata y a la Babosa que nos hagan el cruce a la salida, que después les cuadramos cualquier moneda.

Salí disparado para el barrio a buscar a las pintas. Preciso, estaban en la esquina mamando gallo de lo lindo, perturbando a las valientes colegialas que se le medían a pasar por su lado o robándoles las monedas a los peladitos que llegaban a la tienda. Les solté todo el rollo y los manes no titubearon, dijeron que de una y no nos cobraron nada. Que únicamente le salude a mi hermana. Menos mal, porque ¿de dónde diablos íbamos a sacar plata?

Teníamos que llegar faltando un cuarto para las seis. Salimos para el colegio. Cuando estábamos por pasar el parque, uno de ellos se arrepiente y se regresa:

—Vea, guagua, gásteme un chapilito y vamos de una, —me dijo el vagabundo, levantándole una guiña a su compañero. Los manes estaban embalados y, para que les termine de pasar el solle, querían mojar la garganta. Y ustedes, mis amigos comedores de gato, ¿de dónde creen que yo podría sacar chapil? Pensé rápido, así como us-

tedes se están imaginando, y caí a la casa de locos a buscar un poco de chapil del que había sobrado en la fiesta de los gemelos. Busqué y busqué hasta que por fin encontré los finales de una caneca medio amarillenta bajo el lavadero. El problema ahora era dónde envasar el agua de fuego. Como no encontré botella alguna, tomé el tetero de uno de los gemelos. Saqué el tete escondido y les entregué el chapilito:

—Tomen su mamila, ahora vamos para el colegio, —les dije, adelantando el paso.

Los manes iban detrás de mí, destartalados de la risa, haciendo caras a los niños y asustando a las peladas bonitas. Esta vez bajamos las gradas y cogimos tercera para caminar más frescos. Pasando por el Bikini Azul, un cabaret de media monta, los manes se encontraron con unos ladronzuelos. Se saludaron, les sirvieron un poco de chapil de la mamila y se quedaron conversando. Que tales, que cómo fue. Que La Mosca está en el hospital. Que le pegaron treinta puñaladas y que casi se lo llevan para el otro lado.

—Fresco, pelado, que ya vamos con su asunto, —me dijo La Babosa, dándose cuenta que me empezaba el desespero. Se despidieron de sus compinches.

Seguimos por La Laguna hasta caer a la Bomba de la tercera, seguimos subiendo por los talleres de carros hasta llegar al Hospital viejo. Cuando estábamos para pasar para la Concha Acústica, nos detuvieron dos tombos motorizados. Nos preguntaron por los papeles y de inmediato una requisa. Nos quitaron el chapil y nos preguntaron por el paradero del bebé al que le habíamos robado su mamila:

—Nada, mi comandante, no teníamos dónde poner el traguito, —musitó de inmediato La Rata, respuesta que al tomo no lo

convenció y presuroso solicitó por radio que lo comuniquen con el Hospital y las clínicas cercanas:

—Se salvaron, mandrines, no hay denuncias, pero del calabozo no se libran, —dijo el toambo, mientras pedía a la patrulla que se acerque por la Concha Acústica.

Llegó la patrulla. La Rata se levantó como fiera alegando que no estábamos delinquiendo. Se bajaron dos toambos negros de la pánel y lo metieron a la fuerza. Yo me quedé en silencio, porque era la segunda vez que me llevaban; como era menor de edad, me tenían que guardar en una celda, aislado, hasta que se acerque mi acudiente. Desde la jaula alcanzábamos a escuchar, por radio:

—Preparen el libro y la fiesta de bienvenida. —Pasando por la Panamericana, se detuvieron y levantaron un par de borrachos que se estaban encendiendo a golpes por una botella de chapil. Uno de los borrachos estaba reventado la cabeza y empapado en sangre, por lo que lo llevaron hasta el hospital y de ahí al calabozo.

Del Hospital al CAI del Champagnat solo hay un salto. Llegamos al calabozo. Desde la entrada se sentía el hedor a meados y a mierda. A la Babosa y La Rata les hicieron quitar la ropa y los encendieron a bolillo. Bolillo va, bolillo viene. Manguera de agua. A mí, me pasaron un balde con jabón y me ordenaron lavar las motos y la pánel. Cuando terminé mi trabajo, llamaron a la casa de la vecina para que le echen el chisme a mi madre de que el quinto de sus hijos estaba en el calabozo. Del cuarto hediondo donde estaba, escuché la voz de mi madre, la de mi abuela, los gritos de mi padre que decían:

—Ahora sí le parto la jeta a este marica. —Yo, en cambio, pensaba en el colegio, en Jaguar, el walkman, el casetico de Iron Maiden que nuevamente no se pudo cancionar.



LALITO

Si la risita, la mueca, la expresión de una mujercita lila se esparciera por mi aire y me dijera:

—Juntémonos los dositos y hagamos de la vida una maravilla, porque, hombre, tú sí que la tienes jodida —y con esas palabras yo dejaría inmediatamente de beber, me levantaría normal, dos de la mañana a trabajar en el horno de pan, cobraría mis buenos pesos y después llegaría con full mercado a mi casita, le daría un besito a mi mujercita lila de cabello rizado, peinaría con un lazo rojizo su cabello y me acostaría a descansar. O, tal vez, buscaría otro trabajo, porque después de salir de la panadería el día me queda libre. Pero no, no es así; mi mujercita lila no existe. Cuando salgo de la panadería, me reúno con el parche de la Pana. El parche de chapileros: Dino, Lucas, Diablo, Botas y, ahora, Luisa, una mujercita borracha, a la que le dio por parcharse con nosotros. La vieja era recién desembarcada de la capital, ebria, lazarillo de Baco; rodó por toda la ciudad, de parche en parche, hasta llegar a poncharse con nosotros. El combo la recibió bien. A la chumadita la encontramos medio muerta por los potreros de La Laguna, una noche que amanecimos bebiendo al calor de una llamarada de llantas de camión. La levantamos y la llevamos hasta el CAI del Champagnat. La echaron en una pánel y la llevaron al hospital; el Botas y yo fuimos de acompañantes y, desde entonces, quedamos enlazados; se convirtió en la mujer del parche de los borrachos de la Panamericana.

Lo de Luisita fue bien bonito, pero Luisa no es para mí. Después

de que se recuperó, llegó con una botella llena de gaseosa y otra media botellita con chapil; también traía una taleguita de pan de maíz que se había levantado por el lado de las panaderías del centro; preguntó si podía poncharse con nosotros:

—Vamos juntos —nos dijo, cuando íbamos con los borrachos a comprar trago al parqueadero. De una le recibimos el pan y el chapilito, compramos otras botellitas y nos fuimos a estirar a los poteros de detrás de las bodegas de la Panamericana. Cuando llegamos, ocupaban nuestros lugares un par de bazuqueros, que correteamos y encendimos a patadas. Los tipos se habían adueñado del hueco y lo tenían vuelto una nubazón de bazuco:

—Chumados y traguito, lo que quiera, pero menos viciosos y bazuqueros, —decía el Botas, maldiciendo. A mí el bazuco me gustaba de vez en cuando; mejor dicho, el maduro; es que con mariguana la paniqueada es suave y se puede dormir; por eso, debajo de la cama mantengo mi pipa. Pero, eso sí, calladito del parche.

Nos devolvimos al hueco y nos parchamos a conversar lo de siempre, lo mismo, el mismo repertorio, con la diferencia de que ahora nos preguntaba o preguntábamos cosas en relación a nuestras borracheras a Luisita. Luisita venía de Pasto, del parche de los borrachos de Bomboná; le gustaba el Norteño de tres mil pesos; sin embargo, su estómago ya se estaba adaptando al chapilito:

—Yo parché un resto de tiempo con el combo de la Plaza del Carnaval, —le dije, sirviéndole un chapilito, y me sonrió preguntándome por un tal Caléndula, del que había sido compañera por unos tiempos. La ebriedad nos había ido empapando hasta los huesos de la cabeza y nos fuimos acurrucando hacia un rinconcito del hueco. Me preguntó si era casado, a lo que obviamente, ella sabedora de estos parches, debe de haber respondido en su cabeza. Todo el par-

che algún día estuvimos casados, pero unos regresaron a la casa de sus padres; otros, como el Botas, el Diablo y yo, vivimos solitarios en pocilgas de arriendo de medio peso.

—No, —le respondí a la mujercita. —¿Quieres casarte conmigo? —le pregunté, con una mueca de sonrisa. La mujer, víctima del néctar de la calle, se abalanzó en abrazos contra mi cuerpo; respondí a sus afectos acariciando desde la frente su cabello sucio y graso; su triste mirada correspondió con la mía. Le quedé mirando los labios y ella se lanzó a los míos. El fuego se encendía, tanto que las manos empezaron a hacer de las suyas:

—Aquí no, llévame a tu casa, ¿tienes casa? —me preguntó con aire de excitación. Salimos del hueco sin despedirnos de los borrachos. Pasamos la Panamericana, bajamos por los bomberos, subimos las gradas; el guagua chismoso, que siempre figonea en los cuartos, andaba revoloteando, esperando que entremos en la pocilga para treparse por la ventana.



CHAMAN METAL

Yo nací en El Charco, cerquita al Santuario de Las Lajas. Mi mamá me cuenta que cuando tenía dos meses estaba por entregar la vida. Me había agarrado una enfermedad de esas que les dan a los pequeñines. Las violentas gargajeadas que pegaba eran cosa seria, escupitajos con pedazos de leche colorada. Me llevaron para donde la abuela rapidísimo, la cuchita que era del Putumayo y que sabía sus vainas me dio un brebaje y les dijo que me llevaran de inmediato a bautizar. Como vivíamos cerquita de Las Lajas, me treparon en un colectivo y para el abismo. Allá, apenas me echaron el agua bendita, se me devolvió la vida y se me quitaron las dolencias. Así venía viviendo como devotico de la Santa Virgen. Con los trastabilleos del tiempo y la curiosidad del gato (por eso me apodan Gato). En la Gran biblioteca, descubrí que no fue a La Santísima Virgen a la que me entregaron en mi bautismo, sino al mismísimo Satanás. En el texto se enunciaba con oscura claridad que, en el abismo santificado por los curas, existía pura idolatría, danzas y festejos que en la mente sacra de los colonos se asimilaban a las fiestas de los brujos medievales; el libro es de un tal profesor, llamado Durem Mamina.

Es que, en el lugar en el que está la Virgen, existía un lugar de adoración al sol y la luna, lugares paganos que, cuando llegaron los españoles, les dio por nombrarlos “lugares heréticos y demoniacos”; con esa información es que llego a la conclusión que yo pertenezco al otro lado, a la oscuridad. El otro día me encontré con un filósofo; el hombre era dizque epistemólogo; yo de eso sé poquito. Lo que aprendí,

lo aprendí en la Gran Biblioteca; ;no ven, mis queridos amigos, que yo me retiré del colegio a los doce años cuando estaba en séptimo de bachillerato? El caso es que el filósofo se mofaba de mis planteamientos. Yo le decía que estaba emparentado con la oscuridad, con Allan Poe, William Blake, Michelet, Baudelaire, hasta por ahí se me atravesaba el mismísimo Nietzsche, en los últimos tiempos de su vida y su afinidad con Dionisos (que, de alguna manera, la santísima figona lo asocia con el macho cabrío), tipos que de cierto modo se refregaban con la muerte, con el Maligno; pueden darse cuenta en el pobre de Allan Poe, pues la muerte lo atravesó, se le murieron los padres, la madrastra, la esposa-prima, hasta el perro y el gato, y qué decir de Michelet, un tipo amante de las brujas, de la misa negra y toda la cosa.

Ahí está todo lo que les estoy contando, en un libro que se llama *La literatura y el mal*, de un tipo que estaba del todo deschavetado, un filósofo, un brujo de pura cepa, amante del sacrificio, de la muerte, de la trasgresión y el erotismo, de todo aquello a lo que a la "santa" Iglesia le huye y le acongoja y lo desea; si no, hay que darse cuenta de los millones de peladitos sodomizados por gordos curas cachetones apestando a colonias baratas; todo eso está ahí en el librito ese. Es que el hombre sí la tenía clara; hasta era el fundador de una logia secreta, en la que querían sacrificar a un integrante para llegar al ocaso de la que podía llamarse transgresión

Bueno. Lo cierto es que yo le decía al filósofo que existe en mí un emparentamiento con la maldad, con la oscuridad, con la profanación, con el Diablo; si no, caigan en cuenta: el lugar en que aparentemente me entregaron a la Virgen de las Lajas, era un lugar oscuro; además, estaba cerca al río, lugar de fuertes energías; si no me creen, agucen el oído, párenle bolas.

Más abajo, en un Corregimiento cerquita de aquí, se dio el caso,

el acontecimiento y el hecho, en el que a un grupo de campesinos se les dio por bañar a un muerto en las orillas del río. Es tradicional bañar a los muertos antes de que sean sepultados, pues el agua está relacionada con la muerte; recuerden a Caronte, el barquero del río Aqueronte, encargado de pasar las almas al infierno. Pero bañarlo en el Guáitara, eso no se había visto. El hecho es que un viejo pescador escuchó voces, alaridos, una especie de ruegos y súplicas del otro lado del “vado” donde él se encontraba; al principio no le paró bolas, porque los pescadores están acostumbrados a escuchar ese tipo de sonidos en los ríos. Entonces, cuenta el pescador que los ruidos se intensificaron tanto que alcanzó a escuchar un tipo de oraciones y rezos; de inmediato se dio la vuelta y ahí estaba un grupo de campesinos bañando un muerto entre súplicas y ramos de rosas. La cosa es seria y “El Guáitara está acostumbrado a que le tiren muertos”, dice el viejo pescador.

Por lo tanto, juzguen: ¿hay o no hay conexiones con el inframundo, con el agua de abajo? Además, sosténganse bien, que ahí les va otra. En la frontera, donde empieza la ciudad, existe un lugar que también se encuentra bajo el río; en una caverna, llamada la Cueva del Diablo, donde los antiguos ancianos hacían pactos con el Desterrado para obtener dinero. Lo cierto es que el docto epistemólogo me increpaba y me decía que no, que eso es pura especulación, que dizque eso estaría por los lados de la ontología o más bien la metafísica, y que eso no tiene fundamento, pura doxa, pura doxa, pura opinión del pueblo.

En todo caso, la remembranza del barrio donde nací era para contarles que de ahí pasé a la pensión, vecindad, vecindario, casa enorme, colonial, casa de locos, casa de auxilio, muchas veces de lenocinio, donde vivíamos de tres a cuatro familias. Eso quedaba

cerquita al Parque La Pola, donde es famosísima una familia de delincuentes, “Los Puchos”. Ahí fue donde mi papá aprendió a robar y donde yo me hice satanista.

Sí, mis amigos comedores de gato, no ven que ahí conocí a Max, el vecino que vivía en los cuartos de atrás, cerca al lavadero, donde me subía a escuchar las composiciones del Averno y que, según nuestras immaculadas vecinas, el viejo Max era el satánico entre los satánicos; el primogénito de la camada del demonio, el anticristo, la bestia, uno de los sumos cardenales del Diablo en la ciudad de Ipiales. En algunas cosas exageraban las viejas, en otras estaba de acuerdo. Sí, mi vecino, Max Caronte; el mismo que me regaló el casetico de Maiden que no pude escuchar. El hombre, en su bajísima sabiduría, me probaría con algo de heavy metal de lo más traqueadito, de lo más común, de lo más boleta; después, me mediría el aceite, me pasaría Judas Priest¹ y, cuando el oído esté putamente aguzado, Black Sabbath y su majestad satánica King Diamond. Ese era el código con los iniciados. De ahí en adelante me enajenaría el oído con Nebiros e Inquisition.

1 Judas Priest, y su vocalista Rob Halford, son los denominados creadores del Heavy metal. Su vocalista, debido a su condición, fue el encargado de incursionar en el mundo del metal con cueros, taches y demás parafernalia utilizada como fetiches en el submundo homosexual. Eso es transgresión pura.



CORRIENTE EBRIA

Después de que el viejo Max me regaló el casetico, empezamos a encontrarnos y conversar frecuentemente, como, por ejemplo, un día que inesperadamente se esfumó la energía. El hombre se acercó hasta nuestros cuartos para preguntar si el apagón era en toda la casa o solo en los cuartos en los que ellos vivían. Lo alcancé a pillar por la ventana y salí disparado para ver qué se le ofrecía. Le dije que por ahí andaban con el cuento de que iban a racionar la luz. El man, que creo era al único que le iba a hacer falta, hizo cara de mierda:

—¿Y ahora qué hago? De pronto tiene un par de pilas de radio — me preguntó, tratando de echar un vistazo hacia los cuartos.

—Ni radio, ni pilas —le comenté con desaire. El hombre se quedó pensativo y preguntó por el casete que me regaló. Le dije que ¡paila!, que nada, que no había podido escuchar la cinta. De una el hombre me invitó a su casa; dijo que apenas llegara la energía le cayera a los cuartos para hacer cancionar el rollo.

Como se podrán imaginar, esa noche no llegó la apetecida corriente eléctrica. Toda la noche estuve esperando su llegada. Aplastando el on y el off del apagador. Pillando a la luz de una vela la carátula del caseto. Emocionándome al cien para saborear la guitarra eléctrica y la batería. ¿A qué sonará esta vaina? Le daba vuelta una y otra vez al casetico entre mis manos. Me quedé dormido con todo y ropa, esperando la claridad que me permitiría el encuentro con lo oscuro. Nada. ¡Paila! No llegó. Más bien me abordó un sueño extraño.

Atravesado. Soñaba que tenía una banda. Una banda brutal.

Como con doscientos músicos, acompañados de unos instrumentos raros; algunos los conocía. Retumbaban tambores y platos enormes, trompetas, violines y otros aparatos sonoros que nunca han visto mis ojos. Tambores como ruedas inmensas, que emitían sonidos oscuros, selváticos, malditos. En el sueño también aparecía un tubo finísimo, delgado, cuyo sonido era como el canto de aves melancólicas que penetraban como cuchilladas de huesos puntiagudos.

Al día siguiente, salí endiablado para los cuartos del vecino. El viejo Max no estaba. Su salida se había hecho tempranísimo en la mañana; su madre me contó que el hombre tenía que entregar unas pinturas. El viejo Max era pintor; se había entrenado en la alquimia de los colores. Lo brutal de Max Caronte y de lo que aprendí de él era la fascinación por el cuerpo. El man pillaba revistas y películas porno para entregarse a la contemplación de las fisonomías de la superficie. Al hombre le gustaba pintar caras de jovencitas, con gemidos y cuerpos de maduras. Peladas rubias, con ojos estrambóticos y tetas de cuarentona. Niñas pelirrojas, encendidamente apasionadas, con traseros de adultas. El hombre tenía madera para los colores; primero ensayaba y boceteaba, dándole pincelazos y colores a revistas que compraba en los kioscos del Parque San Felipe o La Pola, como le dicen los más viejos.

Esperé a Max Caronte toda la mañana. A mediodía el hombre llegaba a comer. A las 12:40 estuve pillando por la ventana del cuarto. Los nervios parecían choques eléctricos, varas flotantes en el fondo del mar, anunciando desastres. El caseto en mis manos dando volteretas. Los monstruos de la carátula giraban a la cadencia de mi ansiedad. 12:50: saqué el caseto de la carátula y me puse a ojear una vez más los nombres de las canciones. ¡Paila! "Tocó aprender inglés". Lo interesante de la vaina era que, en la neblina que cubría mi razonamiento, los

sentidos a floraban disonantes; los títulos me los había aprendido entendiendo o sin entender. Virus me sonaba en español y, en inglés, me imaginaba de qué trataría la canción. Quizá de un virus enfermizo que acabaría con toda la humanidad. O más devastadoramente satánico me ponía cuando pensaba que la letra de la canción pudiese hablar del virus del cristianismo y su aniquilamiento. Otra de las canciones: Men on the Edge. En mi mente se traducía como hombre del Edge. El Edge no me sonaba a nada. En el reverso del casete se encontraban los manes de la banda con unas chamarras de cuero brutales. Eran unos tipos altísimos, con pantalones jeans ceñidos; melenas largas y doradas, menos el vocalista, que sobresalía entre todos, pues tenía corto el greño. 1:05 pm. El hombre no llegó. ¡Paila! La ausencia de Max Caronte y las pocas probabilidades de escuchar el casetico se volvieron pesadas. Dolorosas. Rabia, Decepción, Tristeza. Sollozos. Babitas, Mocos y Lágrimas.

Me salí para la calle. Llegando al Parque San Felipe, a la Pola, se me ocurrió la idea más extraordinaria. Me regresé a la casa, al lavadero exactamente. Encontré una botella de gaseosa y envasé chapilito. Compré cigarrillos Pielroja y para el río. Salí hasta el parque. En las bancas me encontré unos amigos rufianes, lacras, pero todo bien. Me preguntaron que para dónde corría; no les contesté nada, levanté la mano en señal de saludo y continué por la sexta. Como era viernes, estaba inundada de gente. No me gusta la masa hirviendo, por lo que decidí tomar la séptima. La séptima me llevó hasta la trece, catorce, quince, dieciséis y de la dieciséis hasta la diecisiete, para coger la ruta a Rumichaca y listo.

Bajé caminando a toda todita y me trepé por La Pradera, el barrio que queda debajo del Miramontes. La Pradera es un barrio loco, loquí-simo. Inundado por adolescentes entorpecidas por la preñez temprana-

na y a donde los pelados de mi cuadra acudían los fines de semana a levantar noviecita. Pasé por el lado de los lupanares. "Afrodita", traslucían letras púrpuras en la pared. Pensé: "¡Qué buen nombre para un putiadero!". Me quedé un ratico pillando por las entrerrejas del portón. No se miraba nada, nadita, nada. Seguí mi travesía por las gradas hasta llegar a una calle polvorienta que conectaba con la ruta al río. Media docena de perros furiosos salieron de una casa a mi encuentro con sus hocicos y dientes destilando saliva espesa. Dos niños pequeños fueron mis salvavidas; con un solo grito pudieron dominarlos, más bien entenderse entre animalitos; los perros y los niños compaginan; cuando se es adulto, se cree ser más que los perros. Mala vaina.

Camino abajo empezaron las colinas hendidas por senderos. Pequeñas cascadas emanaban sustancias volátiles, como hilos de leche. Bajaban por las montañas humedeciendo el paso. Sentí ganas de salir corriendo por los collados, pero antes un trago. Tomé un trago larguísimo, que me produjo arcadas; tanta fue la buchada de chapil que se me devolvió todo por la nariz. La próxima bocanada fue de poquitos. Me senté un momento en la hierba. Saqué un cigarrillo, lo encendí y me tiré en el llano a contemplar las nubes soltando el humo suavecito. No sabía fumar. De eso me di cuenta años adelante. Un tanto mareado por el humo del tabaco y los efectos del chapil, llegué hasta las piedras. Unos riscos enormes que el río ha dejado a su paso. En las piedras escriben sus nombres los enamorados. Algunos malandrines el nombre de sus pandillas: "Pollos", "Puchos", "Salserines", "Padrinos"; uno que otro pentagrama acompañado de un nombre "malévolo", como "Los Hechiceros negros".

Yo tenía un compañero que desde pelado pertenecía a una de esas pandillas, de las "oscuras"; los manes pretendían que con escuchar las baladas de Ángeles del Infierno le estaban entregando el

alma al Diablo; escuchaban un tema y salían disparados a robar. Más tarde, cuando el viejo Max me llevó a camellar en una carroza y me compré mi primera casetera, llevé al pelado a mi casa: le puse un tema de Maleficarum y el hombre salió corriendo. Delicado, bien delicado resultó el pelado ladroncito. Al día siguiente, me salía con que a él solo le tramaba el rockcito suave. ¡Suave en los inicios!, después se le va afinando el oído a uno y el Hard y el Heavy parecen villancicos. Y si en realidad uno es músico, si uno nació para esto, termina escuchando de ese jazz que no tiene patas ni cabeza; yo sé por qué se los digo, mis estimados come gatos.

El camino tiene músculos, fibras que se conectan con mis pisadas. La belleza de los verdes es una verraquera. La espesura de los árboles despeinados y bamboleándose unos con otros como si estuvieran en severo pogo. El agua y el sonido del río es una mutación cristalina que se mete por los huesos rasgando la carne, los filamentos y los nervios. Eché bocanadas suaves de chapil acompañado de fuertes aspiradas de tabaco. El dulzor de la envoltura del Pielroja se queda en los labios al tiempo que el sol estira sus tentáculos delgados por todo el lugar. El sol acaricia mis pies descalzos mientras los sumerjo una y otra vez en el agua. El agua me llama a sus bailes, a sus acrobacias líquidas, húmedas, como las lágrimas que se estiran en lento camino por mis mejillas mientras trato de recordar algunas de las palabras que se escuchan en las canciones que de madrugada entona el Viejo Max Caronte.

De mi boca salieron irritaciones sonoras que se perdieron en el agua oscura y hedionda del río. La tarde empezaba a entristecer, a caer dado al carajo. En una abrir y cerrar de ojos, la sombra desplomó al sol y lo entregó a las profundidades del río, estrellándolo en las rocas. Mala vaina, la tarde empieza a caer y los destellos del astro festoneados se metieron por mis ojos, por los oídos, por la nariz y hasta por el

trasero. Empecé a parecerme a un pavo real resplandeciendo luces o, mejor aún, parecía un chumbo ebrio destellando sonidos indecibles. ¡Qué borrachera! Sentía las piernas como tamo quemado. El sol había muerto.

Me desperté con nieve del sur en las orejas, el sonido del río interrumpió mi sueño. La amargura en la boca me daba náuseas de fuego, de animal selvático. Tomé lo que quedaba de cigarrillos en la cajetilla de Pielroja, empuñándolos en el bolsillo. Encendí un tabaco destartado y me volvieron las náuseas. El ascenso me parecía eterno; la oscuridad era una cosa líquida y lacrimosa que nadaba en estrellas cadavéricas. No tan lejos, alcancé a ojear las luces del barrio La Pradera; eran las lámparas que iluminan las gradas que daban con “Afrodita” y los otros lupanares. “El problema serán los perros”; llegando a la casa de los caninos, intenté hacer el mínimo ruido posible. Cosa que no sirvió, porque de inmediato pasó un camión por la carretera. Dos de ellos me salieron al asalto, tomé un garrote e intenté asustarlos, mientras por el lado de atrás sentí un aguado mordisco en las nalgas. Ya no las voces de los niños me salvaron, sino las de un adulto, que me confundió con un ladrón de gallinas.

Le expliqué que me había quedado dormido a orillas del río y me ayudó a atravesar el barrio, que para esa hora tenía calenturas. Cada esquina se parecía a la de mi barrio. Un hedor a bazuco era el aura que acompañaba a todos los rincones. Después de atravesar todas las calles, de la diecisiete a la catorce, llegué al Parque San Felipe. Mi territorio. Del más grande al más chico, en la banca, estaba toda la banda famosa de atracadores y pandilleros. Y ahí fue que, de soplónazo, me echaron la noticia de que me andaban buscando como locos:

—Gatico, su cucho lo va a encender a pata; vaya poniéndose doble pantalón, muñeco —me dijo el jefe. El susto estaba empezando

a empotrarse sobre todo mi cuerpecito: “Fuera putas, ya estuvo que me partieron el trasero”. Claro, mis amigos come gato, porque, con el guayabo, la cabeza ya la tenía hendida.

El plan era decirle que me fui al río a acompañar a un amigo a lavar el carro de su padre y que al carro se le metió el agua por no sé dónde y nos quedamos varados. Entonces, mientras bajaba el mecánico y toda la vaina, se hicieron las nueve de la noche. Solté el paso para el barrio; en la esquina estaban un combo de niños jugando con una pelota; en esas, que aparece mi papá como un solo de guitarra en medio de una balada, subiendo las gradas de este sube y baje de ciudad; yo alcancé a decir en monosílabo el ca-rro y ahí que tenía severa patada, con trancazo en la cabeza incluido. El cucho me arrastró desde las gradas hasta los cuartos y me pegó tremenda casquiza; ahí fue la primera vez que pensé en coger un cuchillo e igualarle el otro brazo, como la puñalada que le hizo mi tío en la fiesta de los gemelos. Dolor. Rabia. Decepción. Tristeza. Sollozos. Babitas, Mocos y Lágrimas.



SANTIFICADO SEA TU NOMBRE

Debajo de las cobijas, cogí mi casetico. A la sangre hirviendo, después de la paliza, le fue entrando un frescor de dolor y escozor. En las piernas sentía puntiagudos cosquilleos, que se incrementaban cuando me volvía para un lado u otro; de la cara me vertía un calor espinoso, sentía como si tuviera pegada una tonelada de carne. Intenté conciliar el sueño pensando en que al otro día podría escuchar el caseto, pero los gritos y los golpes retumbaban en mis carnes, los pensamientos. Es que cuando lo han cascado a uno queda la impronta de lo que pasó en la cabeza, en los recuerdos, se cierran los ojos y se ven venir los puños, los patazos y los sacudones y empieza nuevamente el hervidero, el odio. La rabia se incrusta en las pieles y el dolor evoca represalias contra el verdugo.

Me desperté a eso de las seis de la mañana por los gritos de ¡peligro! del combo, de mis vecinos, los que se parchan en la banca del Parque. Al cucho lo cogieron atracando y toda una cuadra lo encendió a varilla: "Maldito seas, Satanás; a falta de justicia divina, justificaste con mis evocaciones perversas". Renqueante y adolorido, me levanté de la cama y, señoras y señores, mis estimados come gato, el vecino estaba cancionando algo que no se alcanzaba a escuchar muy bien, pero estaba la verraquera. Me puse los pantalones y salí en par de patadas para su cuarto. Pegué un par de golpes, pero nada que salían; se imaginarán ustedes la inmensidad del desespero; en

esas llegó su madre de comprar el pan de la tienda, me preguntó qué necesitaba, entonces le solté el dato de que su hijo me había invitado a resonar el casetico. La mujer me hizo pasar; el hombre se estaba bañando.

—¿Qué hay, pelado? —me saludó, saliendo del baño con el greño suelto hasta la cintura. Quedó mirando el casete en mis manos y señaló el equipo de sonido:

—Póngalo. —Fui hasta el aparato; en el mueble donde estaban montados los parlantes había casetos y pastas al cien. Unas con caratulas brutales. En una de ellas estaba la Virgen del Carmen con garras y cola y de la espalda de sus santos acompañantes pendían alas negras de demonio. Saqué el casete de la caja en pura marcha y lo puse; empezó a correr la cinta y lo primero que sonó fue una voz gutural de bienvenida, de introducción: era como la de un viejo sacerdote; después, una guitarra acompañada de una suave voz que se iba levantando poco a poco hasta detonar en un grito que se me metió en los huesos. En esas salió el viejo Max y me preguntó ¿qué me parecía?, le dije que la verraquera; entonces, ponchó el caseto del otro lado:

—Pille este tema —me dijo, adelantando un poco la cinta. Empezaron a sonar una especie de campanas, acompañadas de una guitarra repetitiva y una voz de desesperación. La canción era la putería.

—¿Te gusta? Se llama Hallowed Be Thy Name, Santificado sea tu nombre —me dijo sacudiendo la cabeza y simulando una guitarra en la entrada del solo.

Después de escuchar todo el tema, salimos de la casa. Acompañé al viejo Max hasta su trabajo. El hombre me contó la historia

del casete de Maiden. Se lo había pasado Pantera, un loquito que se encontraba en la capital y quien era el causante de que el man tuviera tanta música. El viejo Pantera le enviaba casetos y camisetas originales:

—¿De dónde cree que saco la melodía y la pinta, de la galería? — me preguntó, riendo. El desquiciado Caronte trabajaba por los lados de La Benjamin, en una oficina de publicidad que, cuando se acercaba fin de año, se convertía en un taller de artesanos que producía carrozas inmensas para el Carnaval. El viejo Max también les cascaba a los disfraces individuales; tenía improvisado un medio taller en la casa de la abuela.

Un día el viejo Caronte me invitó a una embriagada en el taller de la abuela; como el man se mandaba su pinta, jovencitas colegialas le caían del cielo como florecitas nuevas, frescas, recién cortadas. En bandeja llegaban de una en una de los colegios de las monjitas. Esa tarde, que era un viernes reluciente, con los justicieros del sol acariciándonos fuertemente la superficie de las caras, el hombre me llevó en su moto a las afueras de la ciudad. Entrando al Cabildo indígena, que insinúan fue el primer asentamiento en Ipiales, aunque algunos indican que fue en Puenes, otro barrio de esos que son bonitos, que aguantan, que están entre las estratificaciones altas y bajas, un barrio del medio arbitrio entre concurrido y ausente, el cuento es que nos fuimos para los bordes de la city, a una de esas viejas tiendas del sur que tienen tres papas fritas, dos refrescos y unos cuantos panes secos. Lo ponderado de la tienda era que, en el fondo fondo, parchaban los cargueros del mercado, despilfarrando lo que les quedaba de tiempo libre tomando chapil y jugando a las cartas. Una metida de gol al capitalismo cuatrero.

Entramos al estanco y el man pidió dos galones de agüita de fue-

go. Nos echamos unos tragos y nos trepamos a la moto. Regresamos al taller. En las puertas se encontraba un combo de cuatro frescas adolescentes, dos de ellas con uniforme y las otras con sus ropitas ceñiditas, bien bonitas. Nos recibieron con beso en la mejilla y toda la vaina. Olían riquísimo. Sabrosito. El hombre me presentó con el nenerío: Fifita, Lida, Brevita, Victoria.

—Mucho gusto, Don Gato —les dije y les serví un traguito de agua de fuego. Ninguna rechazó el agasajo y me devolvieron la copa mirándome a los ojos. ¡Qué verraquera de peladas! Abrimos el taller y nos sentamos alrededor de una mesa. Les serví otra copita y ahora sí las nenitas hicieron muecas; lo dicho, el chapilito tenía mucha candela. Fuimos por unas sodas de toronja y les hicimos un menjurje especial. Ahí sí, las nenas levantaban la copa como si fuera una canasta de helado.

En los cuartos traseros de la casa, ermitaña, vivía la abuelita; parecía un cuerpo flotando en el tiempo. En la parte delantera de la casa se encontraba el taller, detrás del taller un cuarto, una estufa, una casetera, una cama y un estante de libros de brujería. Tomamos toda la tarde. Trago va. Trago viene. Rock suavcito para las peladas, endemoniado Black metal para el viejo Max. Trago va. Trago viene. Endemoniado Black metal para las peladas. Rock suavcito para el viejo Max y para mí. A eso de las siete de la noche se despidieron dos niñas. Las que se quedaron, prepararon huevos y papitas fritas. Las papitas dilataban un sabor riquísimo por toda la boca. Bajamos la comidita con chapil. Después de unas cuantas canciones que emanaban corazones partidos, mucha sangre y mucho dolor, cada pelada se fue acomodando con su cada cual. Al principio las dos querían con el viejo Max, hasta que el hombre escogió la suya y Love Me Like a Reptile: Sabía que tenía que morderte, bebé, cuando te vi por

primera vez. Ámame como un reptil, ámame como un reptil.

En par de patadas nos encontrábamos sin ropa y Love Me Like a Reptile: No tengo otra opción, voy a torcer tu cola. Unos en la mesa del taller, otros en el cuarto de atrás. Unos en el cuarto de atrás. Otros en la mesa del taller y Love Me Like a Reptile: Tengo que hundir mis colmillos en ti. Brevita se sacudía como si tuviera mil serpientes ase-diándola, mordiéndola y Love Me Like a Reptile: Lagarto trueno, ojo de piedra, me tienes hipnotizado. Vacíé una copa de chapil con toronja por sus piernas, mi boca mordisqueaba en formas circulares el redondel de su sexo y Love Me Like a Reptile: La lengua caliente entra y sale y no puedo creer lo que veo. Aguas sexuales se filtraban por mis bordes y pliegues logrando choques eléctricos

Amanecimos en la cama. Despertamos por el sonido de la grabadora encendida. Brevita estaba apretada a mi cuerpo, sus brazos y piernas parecían enredaderas. Era la primera vez que amanecía con una mujer y en qué situación tan brutal. Desnuda completamente. Sus senos pequeños con caderas amplias. Empezaba a acariciarle el cabello buscándole la boca para robarle un besito y la nena que se despierta y me manda a la mierda. Se levantó putiando y gritando a los cuatro vientos que su mamá la iba a cascar. Buscaba la ropa por todos lados y nada. Le recordé que se la había quitado en la mesa del taller, me miró rayado y salió corriendo. En el taller, nos vestimos. La vieja no podía abrir la reja, pues estaba con llave.

—¡Paila, nena!, nos tocó despertar al viejo Max —le dije sonriendo. La nena entró putísima a levantar a la amiga y al viejo Caronte. La nena, despertándose, se dio cuenta de la hora que era y empezó la búsqueda. Jeans, Blusa, Tanga, Chaqueta. Brasier. El viejo Max se levantó en calzoncillos y les abrió la reja. Adiós, nenitas. Adiós teticas y caderitas y Love Me Like a Reptile.

Después de dejar a Max Caronte en el trabajo, me regresé para la casa. Los ebrios vagabundos esperaban con frío a que abrieran los graneros de la trece para comprar alcohol de noventa. Al otro lado de la calle, hambrientas y sobrias personas haciendo fila para comprar pan extraído de cañas de maíz. En el Parque, con el sol, empiezan a salir los trabajadores, los vendedores y las prostitutas. De una en una, las puticas se van cuadrando en las esquinas del Parque, en las bancas, en los inodoros hediondos del subterráneo para ahorrar lo de la pieza; así, el polvito les sale a cinco mil doscientos pesos. Cinco por la introducción en las cavernas de una vagina concurrida, doscientos por la penetración en los baños públicos. Otras se ponchaban a escuchar música con los vendedores de casetes hasta que saliera algoito. Y ahí que se me ocurre decirle al comerciante de música que me haga escuchar lo que restaba del casetico. El man era medio conocido, vivía en las casas donde se terminaban las gradas, en la tercera, tomando vía para el Bellavista y La Laguna.

El hombre aceptó cancionar el caseto, pero con la condición de que lo escuchara bajito:

—Usted sabe, pelado, la gente se chilla; no les gusta la música satánica y se abren para otro puesto —me comentó el mancito. Dicho y hecho, pusimos el casete en la grabadora y acerqué mi oído al parlante para alcanzar a escuchar mejorcito. Según el orden de la cinta, estaba sonando The Trooper. La guitarra y la batería se unían en una cabalgata de guerra, como si se estuviera desatando un duelo a muerte, un duelo entre demonios, entre cadáveres, entre muertos vivientes transportados a caballo. Fuego del cielo. Bombazo. Trompetas. Más Caballos. Sudor. Sangre. Nervios triunfantes por encima de la razón que, de antemano, los comandantes habían preparado para el ataque. Soldados cagados del miedo buscando trinchera. Ca-

ñones. Trompetas. Caballos. ¡Track, track, track! El tipo le dio pausa a la casetera para que saliera la cinta. Medio tema me hizo escuchar el mancito, dos minutos exactamente; lo detuvo antes de que iniciara el solo de guitarra.

Chévere por el man. Buen detalle. La canción me quedó retumbando todo el día, sobre todo el coro y el ritmito de cabalgata de las guitarras y los demás instrumentos. ¡Qué verraquera! ¡Qué verraquera! ¡Qué verraquera! La emoción de haber escuchado otra canción me hacía olvidarme de todo, mi padre, mi madre, mis siete hermanos, el colegio al que nunca más asistiría; el qué haré ahora. Lo que sí tenía por seguro era que quería seguir escuchando metalito con el viejo Max Caronte. Así se enverraquen mi papá, mi mamá, mi abuela, que era de las que hablaba mierdita del vecino y hasta el mismísimo tío cura lejano. Lo primero que tocaba hacer era levantarme una casetera y, para eso, había que tener plata y, para tener plata, trabajo, y así hasta el infinito.



EL SACERDOTE Y LA DAMA DE HIERRO

Oh, oh, oh, oh, ohohoho, ohohoh, cabalgata de guitarras, Oh, oh, oh, oh, ohohoh, ohohoh. Tropper se llamaba el tema. Si pudiera me quedaría escuchando día y noche las canciones. Cuando llegué, preciso que mi papá iba regresando del hospital después de la paliza que le habían metido. Pasó dado al diablo, empujando y sopleteando insultos y maldiciones. Entró a la casa y me llamó por mi nombre, fuerte, retumbante, como una cancioncita del vecino. Yo entrando y él que me tira un patazo, puño y coschacho; imaginé, por lo que podría ser “el colegio”; en esas que me da la vuelta y me pone frente a él:

—¡Mierda de maricón!, ¿qué andabas haciendo con ese satánico en la calle? ¿Y ahora, también, escuchando esa mierda de música? Me quedé callado y me sacó a patadas del cuarto. Me quedé en las gradas pensando en la suerte tan hija de puta que me fue impuesta precisamente por aquel de quien se dice dependo en cuerpo y alma y más me parece que el cuerpo, porque lo tengo todo lleno de moretones. Me sobé el trasero y los chichones y me quedé pensando en la casetera. Después, me contaron que al viejo le echaron el chisme las viejas urracas del barrio.

Esperé al vecino hasta el mediodía, en las gradas, con los manes que se parchan en la esquina. Cuando llegó, le pedí que viniera, que todo bien, que me hiciera escuchar otro temita.

—Entre, pelado —me ordenó el hombre. Echando un ojo a un lado y en otro, me fui entrando a los cuartos. El viejo Max puso su

bolso en un asiento y sacó un resto de fotocopias de revistas de metal y otras de porno. Las de porno las echó a un lado y me indicó una revista que se llamaba Fuego Negro. En la portada se encontraba un man bien maloso maquillado con colores negro y blanco y con un micrófono en la mano, con unas letras detrás de él que no se alcanzaban a entender. ¿Maleficio, Maléficos? No se entendía nada nada, pero algo con maldad tenía que ver. A algo de maldad sonaba.

—Pille, hermano, esta banda la traen a Ecuador, a una media horita de Tulcán. ¿Vamos? Yo le gasto —me lanzó la propuesta haciendo en la mano un cuerno medio raro.

—Mejor, gásteme una grabacha —le dije, sonriendo.

—Camelle conmigo y la compramos de one; vamos a Tulcán y la mercamos; eso por allá es barato —Yo le dije que de una. Que cuando quiera. Que ¿a qué hora?, que ¿dónde?, que ¿qué tocaba hacer? Además, la idea me entusiasmaba y me tramaba un resto, porque para lo único que servía en el colegio era para el dibujo y leer una que otra fotocopia.

El hombre me dijo que en el taller estaban necesitando un pelado para que hiciera los mandados, que vaya a comprar papel, a dejar uno que otro domicilio a la guillotina, a comprar pintura, a comprar el pan y cuanto oficio se le ocurriera al jefe. Acepté otra vez, emocionado.

—Entonces, vamos desde mañana, pelado —me susurró, con una caja de casete en la boca, indicándome con la mano la carátula. Decía Judas Priest; la imagen de la portada era un motociclista con alas de ángel, revestido de puro metal. Escuche; pelado, para que suave, suave, vaya iniciándose. Después, le hago escuchar más pesadito.

El caseto sonó de una manera estruendosa. Bombazos. Chillidos

de animales. Nunca en mi vida había escuchado una voz tan desgarradora. Eran cuchillas que tajaban los rayos de luz uno por uno. Filamentos acústicos que se metían por cada cabello, cada poro, cada articulación y ranura de los huesos. Lo más brutal que había escuchado. Painkiller. You're my painkiller. Eres el que me quitó el dolor. No sé a quién carajos le dedicaba la canción, pero, en el álbum, en la traducción de la letra, decía que le había quitado el dolor. The doctor says I'm diagnosed with Shit days, mistakes. El médico dice que me diagnostica días de mierda. But I'll be fine. Pero estaré bien. 'Cause you're my painkiller. Porque eres mi analgésico. ¿Será que se la compuso al mismísimo Diablo? O ya estoy pensando como las viejas urracas de la vecindad. No importa, al fin y al cabo, yo llevo creyendo en Dios trece años y nada que me favorece y creo que no me favorecerá nunca; lo que me espera es más pata y puño de mi cucho, si me quedo un tiempito más en el cuarto del vecino. Me despedí del hombre con los cuernos arriba y tomé rumbo para los cuartos, echando ojo a lado y lado.

Ocho en punto estuve en la puerta del viejo Max. Precisamente el man estaba saliendo para el camello:

—¿Listo o qué, pelado? —me dijo, tendiéndome la mano.

—De una, vamos a pillar cómo es la vaina. —Pasando por el parque, las putitas le intentaban agarrar el cabello al Caronte. El man les sonreía y las viejas se le sacaban una tética o parte de las nalgas.

—¿Usted ya, Gatico? —me preguntó. Lo quedé pillando, sorprendido.

—Que si ya comió putita o se descorchó con alguna peladita del colegio. —Me quedé pensativo:

—Nada, ni lo uno, ni lo otro, ¿quién me va a hacer caso a mí y, sobre todo, darme nalguita? —El hombre abrió los ojos:

—Cuando quiera lo llevo donde las niñas, pero no donde esas que parecen travestis; lo voy a llevar al Túnel; el administrador es un man medio marica; es amigo mío; no ve que yo le hice un poco de aerografías de viejas viringas en el chuzo.

—Listo, viejo Max —le dije emocionado. “Tanta cosa me va a enseñar”, me quedé pensando.

Cuando llegamos al taller, me presentó con el jefe. Un cucho, de unos cuarenta años, un tanto aburrido, pero todo bien. El viejo Max le contó quién era y el hombre de inmediato me dio las indicaciones. Me iban a pagar treinta lucas a la semana. Aguantaba. Lo primero que tuve que hacer es llevar dos bolsas de talonarios a una cafetería. Cargué el bolso y la dirección y me bandeé para esos lados. ¡Señoras y señores!, ¡mis amigos comedores de gato!, no me lo van a creer, la dueña de la cafetería era una bebé cargada de carnosidades; las nalgas de la señora eran como dos sandías jugosas, que provocaba quitarle las pepitas con la puntica de la lengua. Lo único que hice fue sacudirme, porque ni yo mismo sabía de dónde sacaba tantos pensamientos retorcidos y calentones. La señora contó los talonarios y me firmó una factura:

—Dígale que en la tarde paso a cancelarle.

Efectivamente, la señora pasó por la tarde y ya se imaginarán ustedes cómo tenía de entretenido al taller. Al cucho de la vieja impresora se le fueron dos pliegos de papel en blanco; al pelado de la termo fijadora se le chamuscaron los dedos; la secretaria miraba con envidia y falsa apatía a la señora Sandías. ¡Señora mamacita! Señora de las incertidumbres. Hervidero de pulsaciones y sensaciones que me enronchaban, como si saltaran millones de piojos de pollos sobre mi cuerpecito. ¡Qué calentura! ¿Y mi mirada? Tras de ella se llevaba mi vista, como si remolcara un carro viejo. Como un pequeñín

que se queda pendiendo del hilo de una cometa. Babas. Ojos brotados y estrábicos, por la señora Sandías.

Cuando salimos a almorzar, el viejo Max me dijo que estaba llevado de la calentura, que ya estaba en edad de que fuera aflojando; que, en un par de días, después de que le pagaran unas cuantas pesetas, nos iríamos de fiesta para El Túnel. Pasamos por el Parque, saludamos a unos amigos hippies del viejo Max. Manilla de los deseos. Pulsera de colores. Zarcillos. Tatuaje. Impronta de tinta verde sobre la piel. Paquete sospechoso de cigarrillos. Despedida. Echamos unos adioses al llavería que vendía los casetes y para la casa. Putitas otra vez. Caricia aquí y allá y el viejo Max que me decía con los ojos que me esperaba la desvirgada.

De ahí en adelante, todas las noches y las mañanas se me cruzaban imágenes y siluetas de lo que podría pasar en el metedero. Mesas. Mujeres en ropa interior, algunas sin sostén. Mucho maquillaje. Luces bajas. Rincones oscuros. Todo todito como en las películas de karatecas que estaban de moda y que alguna vez miré con mi padre.

Mi padre. Mi padre. Mi padre. Mi cucho. Mi jefe. ¡Maldita la suerte mía!, y ahí, que, llegando a la casa, lo encontramos. El loco empezó a gritar desde la puerta, con su torpeza, tosco, desquitándose conmigo y aprovechando el único lugar y subordinado en el que podía mandar.

—Entrá, gran hijueputa —me ordenó, señalando la puerta. Pero nada. Ni mierda. Estaba decidido que a ese man no le obedecía más. Salí corriendo gradas abajo, cogí tercera, bajé por La Laguna y me trepané por las ollas de las volaterías. La respiración a velocidad pura, tanto así que paños de niebla descendían por mi cabeza. La agitación era tal que en un instante de teletransportación estaba en el otro Parque, frente a la Alcaldía. Franciscanas. Tomé la octava y

caí al estanco de mi abuela. Ahí mi abuela les vendía chicha fermentada a los cargueros del mercado; también les preparaba comida, vísceras rellenas de sangre de chivo con vegetales. Un par de vacaciones trabajé con mi abuela. Le ayudaba a servir las mesas. A llamar a la policía, cuando los borrachos se encrespaban, se peleaban o no querían pagar la cuenta.

Me senté en una silla, mientras la abuela atendía a un par de borrachos:

—Para hoy, caldo de pata —gritó en una de las mesas. La mayorcita no caía en cuenta de mi apariencia. Cuando se acercó un poco más, la saludé y me dio un abrazo. Tomé caldo de pata, con un vaso de limonada. Los borrachos levantaban tazas llenas de chicha fermentada; algunos hacían muecas, que no se les alcanzaban a notar por lo cuarteado de sus caras. El sol. La lluvia. El viento. El frío nocturno. Los puñetazos. La chicha. Animales relinchantes, alicorados, teñidos de fucsia y marrón. Dos de los borrachos de la mesa del fondo se caen, se tropiezan, tambaleando; el uno quiere ayudar a levantar al otro, caen los dos al piso. Se abren las cabezas y brota el fluido de vida, espeso. Baja por las caras como los filamentos de agua por las montañas, por las calles, por las alcantarillas. Salgo de nuevo para el taller. Adiós, abuela. Adiós, Gato. Adioses, borrachos. Adiós, chicha. Adiós, relleno de sangre de chivo.

Cuando llegué al taller, había un man mechudísimo revisando los avisos luminosos. Estaba puestos unos audífonos y traía un walkman. Cambió el lado de la cinta y siguió camellando.

El man era un tipo cadavérico, pálido, tirando más para muerto que vivo. Yo estaba que le decía que me hiciera escuchar un temita, pero, cuando estuve a un centímetro, el hombre me quedó viendo con rabia, con odio. Estaba dado al putas, pero yo qué culpa, yo no

le había hecho nada.

—Está de guayabo —me dijo el viejo Max Caronte, advirtiéndome de la rareza del mechudo. En un rato, el hombre intentaba alcanzar unas pinzas y un cortafrío para tender bien la lona impresa. Me hice el güevón, pero después decidí echarle la mano. Entonces, ahí sí sonrió con mueca y todo:

—¿Hace cuánto empezó a trabajar acá, pelado? —me preguntó, mientras estiraba una de las amarraderas de la lona. —Un día, hermano —le dije pasándole la pinza en la otra mano.

De ahí en adelante empezamos a conversar. De una, sin perder tiempo; le pedí que me hiciera escuchar un temita de los que se estaba sollando.

—¿Le gusta el metal? —me preguntó, e inmediatamente me azotó con otra pregunta:

—¿Qué bandas le gustan y qué música tiene? Ahí sí me dejó jodido; si no tenía en donde escuchar el casetico que me regaló el viejo Max, mucho menos iba a tener colección de música.

—Nada, empezando, empezando.

—Tome, escuche —y me pasó los audífonos. Guitarras rústicas tenebrosas. Ecos del inframundo. Rasgaduras de garganta. Ecos satánicos. Eso sí era pura brutalidad, como los temas que escuchaba el viejo Caronte en las mañanas o cuando está borracho:

De las profundidades, hemos venido
A la voz del padre, hemos atendido
Parados, firmes y con espada en mano
Con la frente en alto a la guerra vamos
Somos tus guerreros
La espada con fuerza
Ahora empuñamos, nada nos hará caer
Somos tus guerreros, nada nos hará caer
El poder está con nosotros
Contigo a la guerra vamos

Gritos y voces andrajosas del averno, zarpazos flagelantes cocinaban mi cabeza. ¡Qué putería! ¡Qué putería, mis amigos come gato! La banda se llamaba Nebiros y pertenecía al género del Black metal luciferino. El hombre me pasó una carátula que sacó del bolsillo de su chaqueta. Chivos. Cabras negras. Crucifijos invertidos.

—¿Le gustó la banda, pelado? Siga escuchando, y cuando esté listo, pásame un caseto en blanco y se lo doy grabando —me prometió el viejo Cabro. Así le decían, por su afición al Black metal endemoniado. El mancito era bien conocido en el mundo del metal subterráneo; además, por su afinidad con el Diablo, su fama retumbaba férrea y sonora por haber realizado la primera misa negra, allá, en las ruinas de la casa del viejo molino, donde Max Caronte llevó a la peladita a retratarla, flagelada y desnuda.

La semana terminó y nos pagaron algunos pesos. Luces a medio encender. Neones baratos sobre el pasadizo para la contemplación de la lujuria. Mercenarias en medias veladas. Ligueros. Sostenes sintéticas. Téticas caídas. Téticas viejas. Téticas desgonzadas. Téticas al aire. Traseros levantados, caros. Traseros chatos, baratos. Culitos jóvenes. Culitos viejos. Gastados. Traseros carcomidos por las polillas y las pollas. Celulitis. Mucho maquillaje. Máscaras sobre faz cadavérica. Antifaz de pudor sobre hablas y lenguas malditas. Insultos, puteadas. Desvaríos. Desvirgadas. Botellas. Ron. Aguardiente. Agua. El día había llegado: nos encontramos con el viejo Cabro y nos fuimos a la casa de las hetairas, a la casa de citas, al antro de mala muerte, al Túnel; a la oquedad de fluidos dispersos sin propietarios.



LUPANARES, CHAPIL Y ROCK AND ROLL

Salimos de los cuartos a las seis de la tarde. En mi casa dejé el recado de que me quedaría donde la abuela. De primera, caímos a la casa del viejo Cabro. La casa del hombre quedaba cerca del lupanar barato. Los manes compraron dos botellitas de chapil para ir calibrando el cuerpo. La primera botella la tomamos en la Concha Acústica, rodeados de viejos chapileros: constructores de casas, carpinteros, latoneros, cerrajeros, vagabundos y uno que otro sicario, que salía a presumir su motocicleta. La calentura del agasajo noqueó todo intento de nervio parado; si hubiera sabido que el chapilito quitaba los nervios, madreaba a todos esos mandones y sabelotodo de los profesores; hubiera levantado al picado del De la Rosa y le hubiera robado un beso a Leidicita. ¡Mamacita! Apenas sus pechitos empezaban a coger vuelo, pero lindos, aguantaban. Mejor, me sacudí. Toca es guardar voltaje para la visita a las puticas.

De la segunda botellita, nos tomamos la mitad y nos fantasmearmos del sitio, porque la vaina estaba empezando a calentarse. El matón se enojó con una de las señoras que vendían chapilito y empezó a tirar plomo a los cielos; parecía que lo había desfondado, porque en esas que empezó a llover y nosotros a correr para el grandioso Túnel. En un dos por tres, me di cuenta de que algo no andaba bien con mi cabeza. Estaba mareado. Me detuve en un poste a vomitar, a desalojar toda el agua de fuego embutida en mi pobre cuerpecito. Después de la arrojada tan verraca, me atacó un hambre de plaga

apocalíptica. Comimos salchipapa con muchísima mayonesa y, ahora sí, estábamos listos para las mujercitas y paraditos en la puerta de entrada.

En la puerta nos recibió un negro afeminado; nunca en mi vida había visto un negro marica. Cuando fui entrando, me tocó el trasero. Lo quedé mirando rayado y el medio hombre sonrió con descaro, “¡negro hijueputa!”. Entramos; nos acomodaron en una mesa con media de ron, agua y tajos de naranja. Naranja podrida. Llegaron dos meretrices. Una negra, con un cuerpo brutal y cara de ternura. La otra era una señora como de cuarenta años, con palmitos añejos y tristes. Las puticas de una cogieron la medicita y empezaron a repartir como endemoniadas; en diez minutos, teníamos la media por acabar. Yo ya estaba encendido, demasiado ebrio. Se me había ido la mano y las manos, porque se las estaba mandando a la negra.

—Quieto, pelado; con tanteada, le sube el valor a la media. —Y ¿cuánto con metida?— le pregunté.

—El pelado es corcho —le dijo el viejo Cabro, alcanzando a es cuchar desde un extremo de la mesa. —Pues, ahora miramos —respondió la negra medio incrédula.

Efectivamente, yo nunca había estado con una vieja de esas y por el barrio circundaba el chisme que, si uno era virguito, en los putiaderos los administradores le regalaban una media de aguardiente, porque era de buen augurio para las putas. La negrita me llevó para los cuartos, me dejó en la puerta de su pieza, mientras ella entraba primero a no sé qué:

—Ahora sí, papi, entra. —El cuarto olía a una fragancia extraña, intensa. En una esquina tenía un altar improvisado, lleno de santos exóticos, la mayoría de ellos, negros, con ropas extravagantes. En el medio del santuario, un muñeco pequeñito de madera con una ca-

beza inmensa. Sonajeras enormes. Pantalones en las rodillas. Rostros de ciegos tallados sobre cocos lanudos. Miradas sobre mi miembro de arriba hacia abajo. Camándulas rojas y negras:

—Parece que ya te descorchaste, pero a fuerza de pajazos, pero no importa —me dijo, mientras entraba mi verga en su boca. Me recostó sobre la cama y echó su cuerpo sobre el mío, frotando su espesura negra; las tetas me las puso en la boca, enormes, ricas, alumbrados los pezones. Buscó con su mano mi fallo y se lo introdujo. Cinco minutos. Hilos de esperma con sangre. Velas derritiéndose. El olor del cuarto impregnado en la nariz.

La negra se quedó en el cuarto y yo volví a las mesas. El viejo Cabro estaba loquísimo pidiendo metal en la barra; Max Caronte me preguntó cómo me había ido y le solté todo el embrollo. Tomamos unas cuantas copas de lo que de la otra putica sobraba y en esas que llegó el negro marica agitado, anunciando que la policía estaba afuera y, como yo era menor de edad, ¡paila! Entonces, los manes nos sacaron por el otro lado de la casa; allí entendí el porqué del nombre del antro. Salimos a otra calle. De ahí nos parchamos a la casa del viejo Cabro para seguir con la bebeta. Cuando llegamos a la casa del loco Cabro, el hombre sacó de debajo de la cama un baúl lleno de CD's y casetos. Tomó un CD con la imagen de un par de monjas besándose y lo echó al equipo de sonido; eso sí era un hervidero de sonido: primero los sonidos de un oscuro clavicordio con fondos de llantos de recién nacido; después, los platos, como millones de abejas zumbando, y un bombo que no sonaba a lo mismo que castañeaba el casetico que me había regalado Max Caronte.

Después de algunas insanas melodías, los manes pusieron bandas en español; una de ellas era argentina, RetroSatan, y el tema de inicio una señora brutalidad: se titulaba Exorcizando la cruz, voz con

falsete y suaves notas de guitarra, después el mierdero:

—Eso es heavy metal satánico hecho en Latinoamérica, pelado —me dijeron los dos al unísono. Dejaban escuchar medio tema y cambiaban la cinta. Ahora sonaba Thor y una de sus obras maestras, Emisario de Satán. Con el embajador del Diablo, fue llegando el sueño. Ebriedad desportillando la cabeza, gangrenando de pus alcohólica hasta el último filamento. Ebriedad de Baco. Ebriedad de Dionisos. Ebriedad satánica. Satánica ebriedad. Dulce y maldita daga. Diseminación vehemente. Inseminación de chapil.

Desperté por el ruido de la música; los manes seguían dándole al chorruto:

—Tómese una, pelado —me propuso el viejo Max Caronte.

—Nada, viejo; me tomo una y se me viene el mundo en vómito.

—Échelo, préndase de nuevo y verá que no pasa nada. —Tomé una copa hasta por la mitad, pues no podía más. Efectivamente, después de dos o tres copas, estaba de nuevo en la onda tomado de las manos del Cabro y el viejo Max, dando gracias por la noche tan bestial. Nuevamente danzando en el aquelarre, les pedí que ensillaran el casetico que me había regalado el viejo Max. Se fue el tema que iniciaba con la guitarra que parecía un leve sonido de campanas. En esas que el loco Cabro lo quita y pone un CD que contenía el mismo tema, pero que ahora sí iniciaba con campanas de verdad y voz de antepasado; el trabajo se llamaba Tributo a la Bestia y lo hacían bandas de black metal. Todos los temas de Maiden con voces de demonios, legiones de cabras con pieles de grosura negra asomándose con ecos del inframundo. Después de cabecear por los barrotos de la fría celda, las entonaciones del Esclavo del poder, Powerslave. La voz de la muerte en la garganta desollada, la evolución del género que había nacido de la boca del esclavo africano,

ahora irrumpe, rasga y descuartiza el gáznate del abismo. Guitarra dislocada, desfiguración, esguince. Batería desollando los antiguos tambores, retumbando en el vacío. Ojo de Horus sobre el templo de la muerte, el encuentro con la voz del demonio. Los sonidos del bajo y el sintetizador apertura el sarcófago. Gusanos carcomiendo el tejido. Frío. Terror. Piedra. Odisea en la oquedad de la muerte.

Amanecemos en la casa del viejo Cabro. El man hacía rato se había abierto de la familia, vivía solo, sin nadie que le estuviera amargando el rato. Las bebetas del hombre duraban días. Viernes, sábado y domingo; cuando era festivo, le cascaba hasta el lunes. Llegaba temblando al trabajo. El hombre sí le metía alcohol al cuerpo. Me desperté como a eso de las ocho de la mañana. Los manes estaban tirados, junto a cintas y CD's por todo el piso. En el intento de dar saltos para llegar a la puerta, se despierta el viejo Cabro:

—¿Dirá que ya se abre, pelado? —me dijo, levantándose del piso.

—Tome otro chorro —y me tendió la botella de chapil. Fue la primera vez que todo me importaba un culo y le recibí el trago y seguimos tomando hasta que se volvió a levantar el loco Max Caronte. Ahí fluyeron las conversas. Al viejo Max se le salieron los deseos:

—Busco con la pintura las representaciones antiquísimas de las figuras del demonio, para poder elaborar logotipos y carátulas de discos que trastoquen, que cambien todo lo que han hecho las bandas de metal hasta el momento. Así como la Iglesia, en su tiempo, tuvo a los mejores pintores para retratar sus episodios bíblicos, busco mostrar otras representaciones del Maligno en diferentes culturas, con la diferencia de que no busco ni borregos, ni adeptos, ni congregaciones; lo único que quiero es que reluzca el sentido de infracción, transgresión y rebeldía que encarnó el Diablo para mi ge-

neración —terminó diciendo, levantándose una copa.

El alcohol que había agujereado mi cerebro causaba extrañas sensibilidades, emociones, rarezas. No hacía más que agradecer a este par de locos, decapitados. La cuadra detrás del Parque, el barrio que hasta ahora solo había dado buenos ladrones, iba a parir un par de músicos, y ahí era donde se me metía Jaguar; al hombre le había quedado gustando el caseto que me había regalado Max Caronte; el man era más inteligente, un intelectual. Al pelado le gustaba la lectura, los temas interesantes. Yo era más tropelero, más lumpen, pero lo que aprendí en la Gran Biblioteca se lo debo al viejo Jaguar. El hombre, en el colegio, imaginen, amigos come gato, ¡en el colegio!, leía a William Blake y después se dio cuenta que una banda de un man bien rayado había tomado los versos del tipo para nombrarse. Después de Blake, pasamos a Baudelaire: ahí conocimos a Satanás, y la rebeldía se marcó más cuando se nos presentaron como una revelación demoniaca Gonzalo Arango y Andrés Caicedo con todo su voltaje. Leyendo a este par de brujos, se me despertaba la vida. El profeta me hacía pensarla, el niño me hacía disfrutarla.

La borrachera siguió por todo el domingo. No sé cómo, pero desperté en los cuartos del viejo Max Caronte. La oscuridad y el silencio me rebotaron a pensar en la madrugada. Un chorrito de frío caminaba por toda la superficie de mi cuerpo; adentro pura candela, me hervían las tripas, los intestinos, el estómago. Un macetazo en la cabeza, un dolor con vibraciones y ondas se expandía suave y a la vez alocadamente. ¡Que dolor tan hijo de puta! Tenía la cabeza pesada y sudorosa; el calor de adentro se desdoblaba. Los nervios, trepaderas. Ejército de polillas carcomían mi cráneo. Resaca, guayabo, cruda, chuchaqui. El loco Max yacía recostado en su cama. Yo sufría mi agonía en un mueble viejo.



PONY

Después de salir del cuarto, asomé a la iglesia a encomendarme a los ángeles, a los santos y al Señor de los cielos para que no sea tan mierdita conmigo y en el día me caigan veinte luquitas, que no me toquen depravados que me paguen por meterme o meterles cosas por el culo o quemarlos con cigarrillo mientras se están viniendo; más bien que me toquen borrachos que se encuentren en la última perra y se queden dormiditos para raquetearlos y bajarlos de toditito todo. Que me toque algún seminarista que no aguanta de la arrechera o, sin abusar de la suerte, un obispo de ochenta años para descorchar. Me acerqué hasta la puerta de la iglesia de las cebollas o la de San Felipe, como le dicen por acá y, desde lejos, óiganme bien, desde lejos, desde la puerta de la iglesia, para que no me miren mal, me encomendé al sagrario y me lance como hiena a buscar clientes.

Estaba lo más de dichosa escuchando unos temitas de viejo rock and roll con el peladito del Parque. El niño vive por acá cerquita, en la cuadra antes de llegar a las gradas. A mí me gusta el rockcito desde chiquita; me lo enseñó mi hermano, por eso no me gusta trabajar en tabernas, por la música tan hija de puta que cancionan. Prefiero la calle. En esas, en lo mejor de la lira, un man se acercó trastrabillando, llegó preguntando que a cómo el polvo:

—Cinco pesos, corazón, y libre lo de la pieza —le contesté desabotonándole el primer broche de la camisa. Entonces, nos fuimos para el Hotel El Oasis. El tipo era un mamarracho, una basurita ebria, borracha. El tufo era insoportable y por ahí empezó el tropoleo, pero

yo no lo maté. El hijo de puta quería dizque besarme.

Llegamos al hotel y entramos a mi cuarto. Puse en la radio La Bruja, una emisora medio bacana y me le empeloté de inmediato, rapidísimo. El marica ya había estado sin pantalón, recostado sobre la cama; me le subí y empecé la cabalgata para que se venga en cinco; entonces, el hijo de puta empezó a sacarlo para no venirse. La primera, se la pasé; la segunda me le emputé y le dije que hasta ahí llegamos, que haga como si ya hubiéramos acabado:

—Le encimo otras cinco lucas, mamacita —me dijo, acercando el hocico hediondo. Entonces le tendí la mano. Me pasó los cinco pesos y empezó a buscarme la boca:

—Ni mierda, ni que fuera tu novia —le dije, haciéndome a un lado.

De seguro que yo ya no estaba con él cuando cayó muerto. El man quedó borrachísimo; lo dejé hasta cobijando. Lo único que hice fue bolsiquear a ese gonorrea, si no pregúntenle al vendedor de cassetes y al pelado que sabe escuchar música conmigo en el Parque; a ellos les conté cómo fue la vuelta, no me demoré nadita; a mí que no me vengan con chimbadas, ese muerto no es mío. Si quieren les devuelvo los 25 mil pesos que tenía y no me jodan. Bueno, les devuelvo 20, porque les gasté café con empanada a las compañeras de la esquina; a ellas también les conté, a ellas y a ese poco de maricas que se cuadran en la empresa de transportes. Pero para allá mejor ni vayan, porque los reciben con cuchilla de afeitar y un taconazo en la cabeza.



SALTAMONTES AZULES

Después de que terminamos de escuchar un CD de Ángeles del Infierno en la casetera que merqué al otro lado de la frontera con el viejo Max, hicimos un pacto de metal con el loco Jaguar. Íbamos a armar una banda como sea; yo ya había empezado mis clases de bajo en una Escuela de beneficencia; en la Pastoral Social, siendo más claros. Eran cursos de instrumentos musicales de forma gratuita; los financiaba la diócesis de la ciudad a jovencitos de barrios bajos para evitar que nos volviéramos delincuentes y siguiéramos los pasos de nuestros padres. Los seminaristas andaban de puerta en puerta haciendo obras de beneficencia para poder ordenarse de curas; en esas que me pesca uno, ofreciéndome cursos de panadería, de carpintería y de música. De una, le dije que me apunto y que dónde era la cosa. El lugar era por el centro de la ciudad; nos prestaban el instrumento que quisiéramos y toda la cosa.

Para la guitarra salí estúpido, como dicen que todo guitarrista frustrado se vuelve bajista, entonces cogí el bajo y ahí sí me fue de maravilla. Ahí salí corriendo a invitar al loco Jaguar y, como ustedes se pueden imaginar, mis amigos comedores de gato, el hombre le cogió de una a la guitarra. La cosa se complicaba con bajo y guitarra; nos hacía falta un baterista y un vocalista; ahí pensamos de inmediato en una banda que me había hecho escuchar el viejo Max, se llamaba Inquisition y únicamente dos tipos la comandaban, guitarra y batería; sin embargo, tocaban la putería; resonaban al mismísimo

infierno. Yo me dediqué a aprender a tocar batería, ¡tas, tas, tas, tas! El loco Jaguar tocaba la guitarra y cantaba. Aprendimos acordes y toques básicos. Cuando los compañeros y los curas se iban, improvisábamos uno que otro temita. Así estuvimos casi por seis meses; ya le estábamos cogiendo la movida cuando al cura que estaba frenteando la obra lo trasladaron a otra parroquia y ahí sí que quedamos quietos y ¡paila!

No teníamos instrumentos, no teníamos dinero. Previendo la fantasmada del cura, había juntado algo de plata de lo que ganaba en el taller de publicidad; con esa cantidad difícilmente compraríamos una guitarra, pero la batería, por más de que juntáramos, una batería era imposible y, además, el loco Caronte había vendido sus instrumentos, pues el hombre quería dedicarse de lleno a la pintura. Entonces se le ocurrió la gran idea al loco Jaguar: en el colegio había una batería; teníamos que ingeniarlos la forma de tomarla prestada y nuestros genes estaban repletos de ideas. Y, de esa manera, de ingenios y de nociones fuimos acordando la forma de meternos en el colegio y asaltar los tarritos. En lo primero que teníamos que pensar era en el día, y a Jaguar se le ocurrió que debería ser en domingo, teniendo en cuenta que, el glorioso Colegio “García Márquez”, donde estudiábamos, no era gran cosa, más bien era algo así como una casa grande donde la vigilante era una señora un tanto joven y bien bonita, que hacía entrar a los pelados a pillar televisión y toda la cosa cuando los padres de familia se olvidaban de ir a recogerlos. La señora tenía vivienda a cambio de cuidar el colegio. Había una cocina y un baño. Un día, aquí entre nos, fuimos a pedirle las llaves de la biblioteca para que nos hiciera sacar un mapa de Colombia, de esos inmensos donde nos explicaban los profes que la capital de Nariño, que cuál es la capital de Antioquia, que los límites, las fronteras y to-

das esas vainas. Lo cierto es que llamamos y nadie contestó, así que optamos por entrar sin permiso; escuchamos un chorro de agua estrellarse con los pisos y ahí que el loco Jaguar, estando adelante, me hace un guiño con los ojos y una señal indicando el baño.

La señora estaba desnudita, los ojos cerrados y enjabonados. El cuerpo mojado y cubierto de espuma. Frotación de piernas. Movimiento de manos sobre los pechos. Rápidamente buscó la llave, parecía que sentía que la miramos. El agua salió con violencia. Sentí una sensación de asombro y de excitación al mismo tiempo, pero sobreponiéndose los nervios por encima de todo, salimos corriendo de la casa. Silencio y miradas. Excitación. Lubricidad. Miedo. Llegué a mi casa a buscar el baño. Mis ojos cerrados viajaban con velocidad por el barrio, el Parque, las calles, el colegio, la casa de celaduría, el baño, la mujer desnuda encapotada en espuma. Diosa del sur del Diablo. Lilith. Venus ilegítima. Aluviones grisáceos, miles de agujajes hendidos, astillas. Espuma. Espuma. Espuma.

El caso era que la señora bonita, los domingos en la noche salía para la misa a una iglesia que quedaba cerquita del colegio, de manera que el día y la hora estaban determinados. La batería no era gran cosa, ahí algo infantil, chiquita, pero aguantaba. Le poníamos un tom de piso y listo. Lo más importante eran los de aire y el bombo; redoblante conseguíamos pasando la frontera, así que el objetivo eran los tom y el bombo. Los platos los echábamos en un morral de viaje y ya; el problema era el transporte y esperar hasta que no pase nadie por la calle trasera del colegio. En el barrio había un personaje que estuvo con nosotros en el colegio; el hombre tenía un carro de caballo y era medio inclinado a tomar de lo ajeno. Quedaría encantado haciendo la vuelta.

Dicho y hecho, la vuelta se haría a las seis de la tarde; efectiva-

mente, la señora salía para la iglesia y la calle era un moridero. ¡Full! Al hombre del transporte le pagamos el doble de lo que costaba un servicio normal. Todo era perfección. La señora salió para la misa y nosotros utilizamos el carro como escalera para trepar la tapia; si algún transeúnte pasaba, daba la impresión de que el caballo se estaba alimentando del pasto de las aceras. Caímos del otro lado, corrimos al salón donde estaban los instrumentos, la puerta siempre estaba abierta, entramos, la batería estaba tirada en un rincón del cuarto; tomé los platos y los enfundé en el maletín; Jaguar agarró el bombo y el resto de los tambores. Facilísimo. Fuimos de nuevo a la tapia, gritamos al conductor para que nos avise si había moros en la costa; nada, todo estaba bien, el hombre nos esperaba del otro lado, con unas cobijas enormes para cubrir el botín.

La vuelta estaba hecha; el man nos cobró lo normal, diciendo que el pillaje estuvo fácil y que mejor nos hubiéramos robado un computador, no esos tambores viejos. El hombre era buena gente; se retiró del colegio un año antes que mi persona, le pidió al papá que le comprara un carro de caballo y se puso a trabajar. En los carros conoció un combo de los duros; yo lo sabía, porque siempre se estaban cascando con los del barrio, que eran más temerarios, robaban apartamentos y se enfrentaban con los tombos; los únicos que les ponían la mano eran "Los carretos", así les decían. El tipo estuvo uno o dos años más y le tocó abrirse; los del barrio se la sentenciaron: o estaba con la cuadra o se parchaba con "Los carretos". El man pasaba más tiempo con los personajes de los carros, por lo que decidió irse con ellos.

Llegamos a los cuartos, le pedimos al viejo Max que nos ayude a encaletar la batería y, de paso, el lugar quedaba de ensayadero. Le empezamos a cascar todas las noches, hasta que la mamá del hom-

bre y las vecinas urracas se mamaron y nos mandaron al demonio:

—¡Ni mierda!, que ¡no jodan!, ¡ustedes ya le están pegando la verraquera!;

—Ahora empapelamos el cuarto como en los teatros —dijo el loco Max, pegando insultos y puteadas. Efectivamente, cubrimos el cuarto de corchos y panales de huevos, le pusimos doble puerta y quedó la putería; no se escuchaba nada, nadita. Seguimos ensayando: primero tocábamos “demos” o covers de Maiden y uno que otro tema en español; los de Ángeles del Infierno sonaban brutal; claro, chatarrero, sin el acompañamiento del bajo y de otra guitarra. Tocábamos “Maldito sea tu nombre” y “El principio del fin”, del trabajo “Pacto con el Diablo”. El álbum completo, como siempre, lo consiguió el viejo Caronte. Este era uno de los trabajos más blasfemos y potentes de la banda, era el primer álbum y, sin embargo, calcinó miles de cabezas y de padres con sus letras de escándalo.

Una noche, en un medio toque que organizaron en la cuadra para recolectar fondos para derribar una casa que se estaba viniendo abajo, nos dieron el chance de tocar media canción: preparamos “Esclavos de la noche”, en honor al público presente, y empezamos con la rola: “Solitario el callejón / en la noche se oye: el dinero y el reloj / y un rugido de motor / Sois esclavos de la noche / esclavos de la noche”. Las urracas abrían los ojos y los jóvenes las bocas: “Siempre huyendo sin cesar / de un lugar a otro lugar / las sirenas van detrás / acelera, hay que escapar / Sois esclavos de la noche/esclavos de la noche.

De inmediato nos desconectaron, pero la llaga ya estaba abierta, en lo profundo; todo el parche de la cuadra nos preguntaba por el tema que cancionamos, mientras el presidente de la Junta de Acción Comunal, con su pinta de seminarista caritativo, desconectaba

y enroscaba las líneas, tirándolas en nuestros pies. Le había ido mal; lo que al hombre le interesaba eran grupos de “despecho” y “cumbias locas”, para que se chumen los borrachitos y le compren todo el trago que él mismo les vendía. Las viejas urracas seguían mirándonos rayado y algunos niños salieron emocionados y otros asustados. Nunca más tocamos para el barrio. El parche seguía escuchando rap, iba con ellos, iba con nosotros; sin embargo, en el camino de las rolas, nos dimos cuenta que también existía metal callejero, chatarrero, hecho con las uñas; tanto así que muchos músicos no eran músicos, no sabían tocar un instrumento; la pura energía los hizo aprender y no desfallecer, tal cual nosotros lo hacíamos en el Sur del Diablo. Mientras nosotros guerreábamos para comprar un instrumento, en otro lugar del país hacían lo mismo, unos con más dificultades que otros, pero todos dando la guerra por la música “satánica”. La primera guitarra eléctrica en la que aprendió Jaguar fue una guitarra acústica amplificada y distorsionada con elementos de tarjetas musicales, de esas que regalaban en los cumpleaños o fechas especiales.

A mediada que fuimos creciendo, nos fuimos aislando para ensayar y hacer música. Cogíamos la guitarra y el redoblante y nos parchábamos para el campo, para el río. Llevábamos algo de chapil y cigarrillos Pielroja y nos pasábamos tardes enteras de sábados y domingos ensayando. ¿El lugar?: La casa del molino, a la orilla del río y lejos de la gente; allí podíamos darle con toda al redoblante y cantar al desquicio, imitando a Gallardo. Ángeles del Infierno nos había atravesado, estábamos posesos por su música. Intentando entrar a la cueva de la ebriedad, nos gustaba tirarnos con toda con un tema que nos sacaba lagrimitas para mezclar con el río y que ametrallaba los socavones sensibles de la corteza de la cotidianidad: “Tú dices que todo lo hago mal y que no me entenderás jamás / tú crees

que todo es depravación, sexo violencia y Rock and Roll". Los ojos acuáticos, materia líquida y seminal del Guáitara. "Llego tarde a casa, empiezas a gritar / que cambie de vida y sea normal / Que siga estudiando o vaya a trabajar / que así no puedo continuar". Se disuelven filamentos por las mejillas. Se absorben. Humedad. Gemido. Grito: "No tienes que compararme a otro / no tengo que ser igual que tú / dejad que viva mi propia vida / dejad que siga con mi inquietud / Sé que muchas veces empiezas a dudar / si este chico será normal. / Pues los tiempos cambian, no es igual que ayer / tan solo ocurre que es que soy demasiado joven para morir, / demasiado joven para morir".

Así, nos pasábamos las tardes, gritando y coreando canciones. Cuando estábamos tocados por el Diablo, escribíamos. Al viejo Jaguar le fluía más cuando estaba ebrio y ¡qué decir de la vez que probamos marihuana! Seguimos al loco Lalo hasta el soplódromo de La Laguna, compramos full bolsa y la fuimos a incinerar al río. Al principio, en la primera fumada, no pasaba nada; estaba por decepcionarme, cuando el loco de Jaguar empezó a dar brutales bocanadas y los ojitos se le volvieron chiquiticos:

—Traga todo el humo que puedas —me dijo, pasándome el varillo de yerba. Hice una larga aspirada y, en un ratico, parecía que se paralizaba el tiempo. El sonido de las palabras se retardaba, el sonido del río lentamente retumbaba chasquidos sobre las rocas. Cada tañido de roca era llevado por los pájaros en sus alas. Nos trepamos en una roca inmensa, en cuya mitad habitaban saltamontes azules.



MACHINES EN EL PRECIPICIO

Así empezó el embrollo y así empieza la vaina, la fábula, la animalidad, mis hermanos de los cuervos. Inicia con el peñasco y la cueva. Los socavones y los ríos donde nos derretimos con el agua caliente, tibia, caldeada en las entrañas de los volcanes y los puentes y pasadizos, rutas, caminos, desazonados por la fisgona. Es que la fisgona es cosa seria. Imaginen. Desde que sentaron el rabo del ojo en estas tierras herejes, nos bautizaron, comulgaron y nos confirmaron dizque con sus sagrados sacramentos. En las catedrales, con rosario, libro y cirio en mano, un obispo con báculo mágico nos empapaba en aceite como posadera de homosexual en playa para simbolizar la llegada del Espíritu Santo. Aquí empieza la vaina, en los espacios del Sur, donde los peregrinos flagelan sus espaldas y atizonan sus pies, donde los chivos impregnan con salvaciones los cuerpos desnudos a cambio de gratificaciones crematísticas.

El camino, lo que es el camino, no lo conoce nadie. A mí me llegó por medio del chisguelo, la sonoridad acústica. Más bien los ecos de un chisme tenue que me soltó el viejo Gato, de que la ruta empezaba en Miraflores; es que Miraflores sí es cosa seria, mis desestimados cuervos negros. En Miraflores, comarca de Pupiales, existía severo cementerio indígena y es que ahí empezaba la romería por el derrotero que les cuento y que nadie hasta ahora ha dicho ni mu, nada, ni una sola palabra. Lo cierto es que empezaba en Miraflores, pasaba por Tusandala, la vereda La Concordia, Las Ánimas, y llegaba hasta La vereda

12 de Octubre, Los Chilcos, Las Cruces, La Tola de Las Lajas, Saguarán y terminaba en La piedra de Los monos. Todo eso alcancé a pillar en el libro de Los Pastos. Como se podrán dar cuenta, mis queridísimos cuervos, la caminata era dura; y toda esa caminata, según la santísima Iglesia, era pura y física blasfemia de los indígenas Pastos para adorar a Satanás.

Es que, para la inmaculada figona, todo cuanto no les entraba en sus impolutas creencias, olía a azufre, a Diablo, a Demonio. Por ejemplo, otro de los chismeríos que me llegó a oídos, porque acá donde vivo todo es chisme, enredo, cachivache, era que en Cartagena había existido un lugar de adoración a un personaje que se habían creado los indios y los afros, el nombre no me acuerdo. Ustedes deben conocerlo. ¿Cómo se llama? No, nada; por más que intento no puedo, una porque tengo la cabeza descompuesta, derrumbada de los hemisferios, desfundada, y dos, porque está medio elevada a las constelaciones. Se eleva, se eleva con el humito de la hierba que se mete, se escapa por una rendija de la ventana.

Ya me acordé cómo se llama el personaje, es Buziraco y, párenle bolas, mis hermanos cuervos, porque les voy a ir a contando la historia que nos ensambló como banda, mejor dicho, les vamos a ir contando, porque somos muchos, "somos legión" y la historia de la banda va de la mano de Buziraco, por eso pilas, porque la vaina es seria, mis cuervos negros. "Qué bien se escucha la música, Pizzicato, arañazo tibio por la faz de los cordeles, suena la música, violín, instrumento maldito, destilante del Diablo, provocador de orgasmos de brujas. Dancen, brujas, Dancen en El Nogal de Benevento, de Benevento a mi cabeza, rodeen mi cabeza infecta con finas alucinaciones, ¡dancen, brujas!"

Resulta que, en 1610, llegó el edicto, el mandato, principiado en un chisme entre curas y monjas, de que los negros e indígenas de Car-

tagena andaban venerando a un personaje, Buziraco; debido a ello se estableció un tribunal de la fisgona y cuentan los curas, para que creyeran en su sucia santidad, que caído el dios Buziraco, la presencia de la Virgen de la Candelaria se entroniza y la deidad se convierte en patrona de la ciudad, protectora de todas las clases sociales, amparo de los navegantes y esperanza de los humildes y desposeídos, quienes proclaman toda suerte de favores y milagros de la piadosa Virgen. La historia la cuentan unos y otros, de que Buziraco era la escultura de un macho cabrío elaborado de purísimo oro, al cual se le rendía culto y se le hacían ofrendas en lo alto de la montaña. Entonces, al dios animal, cada día se le unían más fieles, aquellos esclavos que se escapaban de sus amos; de noche, iluminaban la torre con antorchas, mientras realizaban celebraciones con tambores, en su nombre. A causa de esto, Fray Alonso de La Cruz Paredes invadió el lugar y arrojó el macho cabrío por el precipicio; de ahí que la gente le llame "El Salto del Cabrón".

Desde entonces, cada 24 de enero, hasta el 2 de febrero de cada año, se realizan las fiestas de La Candelaria, con miles de millares de devotos, convirtiéndola en una de las fiestas más importantes de la ciudad y sus cercanías. Después de que desterraron al demonio de Cartagena, a causa de que se le estableció en su lugar un convento y una iglesia, Buziraco se posó en Cali, exactamente en el Cerro de las Tres Cruces. Ahí hacía de las suyas, epidemias, apagones e incendios, hasta que, nuevamente, unos frailes, en romería, establecieron tres cruces de madera para espantar a la criatura.

La historia que voy a contarles, a novelarles, a fabularles, no tiene que ver exactamente con Buziraco, pero sí con alguien parecido. Acá, en el sur de las tierras de Nariño, también existía un Sátiro que espantaba a los transeúntes y, de la misma manera que la fisgona se entronó en Cartagena y en Cali, lo hizo con el Santuario de Las Lajas.

Pero, espérenme un momento; voy a cambiar la musiquita de la danza de brujas del cadavérico Nicolo a un trastrabille que agriete y decline los socavones de los que quiero contarles. Eso, ahí, de los caprichos de Paganini a Sarcófago, sí, ahí sí sonó mejor. Al parecer el edicto de la santísima Inquisición, al estar en Colombia, llegó con su infección aproximadamente 300 o 250 años después; en números no soy muy certero, porque como les dije tengo desportillada la cabeza. El hecho es que el edicto se determinó en España y cayó por México, Perú y Cartagena. En los lugares en los que se sentó la inmaculada fisgona, el mandato era derribar todo lo que olier a indios, a chamanismo e idolatría, tirar y aniquilar por el piso toda obra de herejes e inconversos en los que se hubieran depositado creencia y devoción alguna. Entonces, cada roca, cada monte, cada cueva y peñasco terminaron incinerados junto con la memoria; y ¡ay de aquel que los recuerde!, ¡ay de aquel que busque a sus convocadores y séquitos para pedir un consejo o un trato o tranza!

El hecho es que me enteré por los libros viejos de brujerías y diablos, por los ecos sonantes de los ancianos, que a esta tierra también llegó el edicto de la fisgona y entonces también mandaron a calcinar lugares, escenarios, árboles, tótems y todo lo que según para ellos olier a azufre, y ahí sí suerte, ¡paila con los petroglifos y el cuento del Sátiro que no dejaba pasar a los transeúntes! Y ¡paila también con los curanderos y los brujos! Hummm. Se terminó el lado A del caseto. Mientras les sigo contando, voy a poner el casetico del lado B. No sé si alcanzan a escuchar el “sonidazo” de esta banda endemoniada. El tema se llama “Satanás”, dura poquito, pero ahí va a toda mierda. ¡Qué brutalidad de tema! ¡Satanás!

El caso era que la fisgona localizó un lugar de poder, lugar sagrado, más bien profano y endemoniado, que se llamaba La Piedra de los

Monos en el Resguardo de Las Lajas, colindante con el Municipio de Potosí, donde el Sático no dejaba pasar entre un lado y otro, porque, en el momento en que intentaban pasar los caminantes, se quedaba con uno de ellos. De esta manera e incubada mi curiosidad, empecé mi búsqueda, mi investigación. Quería encontrar rastros y vestigios de las primeras caminatas de las comunidades de los Pastos a la piedra. Porque, también, por ahí me enteré de que la ruta era cosa seria, todo el camino se lo recorría pensando en cosas venideras y sanaciones; porque, ¿adivinen qué?, en el río, debajo del antiguo puente, quedaba la casa de curación de María Mueses, una bruja que, después, los curas la tomarían para sus triquiñuelas con la evangelización.

Lo cierto es que la mujer se inclinaba hacia los espíritus acuáticos y, en nombre de ellos, curaba y profetizaba. Así fue como me engomé con este rollo y busqué, sí que busqué, pensando que si encontraba la ruta y hacía una procesión de fuerzas, llegaría a tocar en el festival de la capital, mis hermanos de los cuervos.

Uno de los profesores de la universidad me contó que había un comunero, un caminante, un mindala que recorría la ruta a la Piedra de Los Monos para recuperar y engrandecer su poder negro. Empezaba en el cementerio indígena de Miraflores; ahí aspiraba las fuerzas de los entierros para regenerar y establecer armonías que le permitieran la inmortalidad. Después pasaba por una vereda que se llamaba La Concordia, cuyos límites rozaban con Las Ánimas. Estos lugares estaban atravesados por una quebrada, una torrencera de aguas negras de energías vivientes. La quebrada se llamaba La Ruidosa que, al fin y al cabo, era un chorrito de agua que se escuchaba desde lejanías y que los mayores cuentan que el sonido emanado servía para alertar a los transeúntes de que ahí podía haber duende. Cuando la quebrada lee el corazón de malas intenciones, se silencia y el caminante no se

percata de la señal de agua para tomar las medidas correspondientes y ahuyentar a la criatura; entonces, no escucha nada y queda encantado o enduendado.

La encantada o enduendada depende del duende que lo atrape; hay distintos tipos de duende: “el vago”, “el alegre” y “los seductores”. Cuando encanta el duende “alegre”, a la víctima le da por andar hablando solo y lanzando risitas sin ninguna causa; “los seductores” atrapan a las chicas bonitas y las víctimas de los “los vagos”, después de haber sido enduendados, permanecen durmiendo y en una sola “locha”. Según los entendidos, el duende de La Ruidosa es de “los alegres”, porque, a todos aquellos que atrapó en la quebrada, quedaron apeltardados, riendo y haciendo muecas y maricaditas de la nada. Al parecer es de los mismos duendes que encantó al Ángelus en el árbol cuando era niño; el hombre contó con suerte, porque la abuela era curandera, de esas que espantan espíritus, duendes y diablos con la potencia del chapil.

El hombre pasaba por La Ruidosa llevando unas piedras de colores que le servían como amuletos contra los brujos y curanderos blancos. Dicen que eran huevos que el duende atrapaba de las torcazas, los pintaba y los entregaba a aquel que tuviera compactaciones con los muertos o con gente de cementerio. De ahí que el hombre estaba revestido de energía que le permitía traspasar dimensiones. Desde ese lugar caminaba hasta la vereda 12 de Octubre, Los Chilcos, Las Cruces y caía a Saguáran y de ahí para La Piedra de los Monos, donde terminaba la peregrinación y se revestía del poder del sol, la luna y la danza, la música. ¡La música, mis queridos cuervos negros!

Toda la carreta que les estoy contando se la solté a la banda. El viejo Gato la cogió de una; al man lo trama la filosofía y, por ese camino, se ensartó con el pensamiento de las culturas prehispánicas; a pesar

de que no le tramó el estudio, le eché una mano para que se formara en La Gran Biblioteca; ahí fue que nos enganchamos con un textico de los Pastos, después de que ametralláramos los oídos con un casete de Iron Maiden que le regaló una momia que vivía en el barrio. Ese libro me atropelló la vida y me perfiló a la órbita de la U. En la U, conocí a El Brujo, un loco que tenía una comunidad, una sociedad que rastreaba y se inmiscuía en los caminos tenebrosos. El Brujo se conocía con el loco Cabro Negro y fueron los causantes de la primera misa negra que se hizo en el Departamento, todo con la ayuda de un combo de paisas foscas que tenían la secta más consagrada del país.

Lo cierto es que me fui a hacer el recorrido: ¿no ven que quiero ser un músico enorme, tocar en el festival de la capital y la posibilidad de lograrlo se encuentra en ese camino? Ojalá los muertos de Miraflores emanen sus energías y me revistan de sus vahos para lograr la travesía. Que la rebeldía de las malditas ánimas del purgatorio, que no quieren echar para el cielo, nos impulse al toque máximo. Que los duendes entreguen sus piedras coloridas contra las oraciones de la hipocresía de los santos, tal y como lo hacía el caminante, el mindala. Ebrio de convencimiento, voy al cruce de los caminos malditos, temerarios, ocultos, sulfurosos de energía oscura. A la acuosidad de la vida negra. A las tinieblas de la naturaleza. Satanás es lo oscuro de la naturaleza, el temor que siente el hombre en la soledad de los bosques; la ansiedad que se condensa y se siente al atardecer por las aguas sucias de los ríos: ¡Heil, Satanás!

Compré una cajetilla de cigarrillos Pielroja, una cajita de fósforos El Diablo y descolgué para el averno. Para el hambre, trozos de maní, un pambazo enorme y una botella de agua; no cualquier agua, sino de la que destila de la espita, de la herrumbre del tubo cromado, coagulada en pocetas llenas de natas podridas. Me chanté un par de audí-

fonos y cuadré en el discman Por siempre Necrolust de Erzebet y me desplomé a la carretera. Inicia la primera canción. Los adagios de una guitarra clásica inauguran dos intensos gritos desgarrantes, al tiempo que la guitarra eléctrica armoniza circunferencialmente los golpes y tastaseos de una batería en puro tempo. La velocidad de la batería encamina las zuelas de mis botas aprisa, aprisa, hasta que, en medio de la canción, el solo de la guitarra disminuye la velocidad del tema debido a unos lamentos mortuorios que mutan en risas y cortejos de brujas. ¿Quién iba a pensar que todo este recorrido sinfónico, musical, empezaría por un casetico de Maiden que, con el viejo Gato, no podíamos escuchar?.

Después de un gemido, un armadillo con caparazón sinfónico anuncia las pisadas, los andares, los Andes, también. Los Andes también se enuncian. Los Andes se precipitan con cada sonido del instrumento que lleva a que mis pasos desagüen en el viejo cementerio de Miraflores. Un suave, tranquilo, pero terrorífico sonido de viento se mete por mi cabeza, se agudiza en lamentos. Gritos de condenación. Miedo. Voces malignas. Cantos de otros mundos. El temor insoponible lleva a que me dirija hacia la Quebrada. Es verdad, se escucha como el torrente de un río. Aguas grises caen de una pequeña cascada. Filamento enmugrecido. Una extraña fuerza me atrae a la corriente de agua, voces me invitan a beber de la suciedad. Un llamado exótico provoca a las miradas detrás de la caída de agua. Los bofes y los bronquios incitan a fumar.

Desato un cigarrillo Pielroja del paquete. Aspiraciones profundas. En una sola y acentuada bocanada se termina el cigarro. Mareos, punzadas en el cráneo. Las aguas no parecen bajar. Las aguas suben. Me permiten la entrada detrás de la cascada. Piedras en forma de huevos de torcaza. Sin saber cómo, me encontré en una banca de El Charco, el

barrio, el paraje y corredor hacia los machines en el abismo, junto a la escultura de un danzante. Tenía los audífonos en los oídos, los zapatos y la ropa impregnados de barro. Un sabor de agua sucia en la boca. Seguía sonando la misma canción: Por siempre Necrolust. Los aullidos sonoros de Dark Moon proclamaban Ceremonias nocturnas. Bramidos de animales de la noche, mientras los colectivos de la ciudad se movilizan en sargas azules, despegan para todas las calles. Prefiero seguir caminando, seguir mi descenso por las emanaciones del pino. El bosque. Bocanada de aire profunda. Corrientes frescas. Voces. Ecos de cuadrillas de árboles. Apresuro el paso. Sorbos de agua, pedazos de pan y maní.

Cerca de la última vuelta está la casa del Ángelus; el hombre se encuentra afuera del recinto fumando un cigarrillo, escuchando a todo volumen la vieja escuela del black metal: "The Usurper" de Celtic Frost. Me acerco y nos saludamos. Un abrazo. Le cuento lo sucedido; el hombre decide acompañarme al último peregrinaje, el río. Entra en la casa por un par de botas, una botellita llena de chapil y emprendemos la caminata. Durante el derrotero a los machines, el hombre me increpa del porqué no lo había invitado al inicio del viaje. Me la pasé explicándole que numerosas veces le pasé el dato a él y a toda la banda. Como cosa extraña, me dijo que no recordaba. Siempre me pregunto ¿cómo hace para aprenderse y tocar las canciones en la batería?; él dice que es pura pulsación del cuerpo, que únicamente se deja arrastrar por el sonido de los instrumentos, que el bombo lo sigue con el bajo y al redoblante se le da compás y listo. Alla tú, amigo Ángelus; el hecho es que, si hubiéramos sabido ese secreto con el viejo Gato, nos ahorráramos un resto de ensayos y don Gato no terminaba siendo pianista.

Antes de llegar al río, el loco Ángelus sacó de su chaqueta unos trocitos de hierbas abarquilladas:

—Cómete uno y bájalo con chapil —me dijo, estirando la mano. Desde ahí las cosas fueron distintas: cuando llegamos, se atisbaba una piedra pintada con unos monos estampados con tinta roja; los miquitos parecían hacer piruetas junto a otras pinturas antropomorfas y una estrella de ocho puntas, tal como me lo habían contado. En esas, que los micos empiezan a desprenderse de la piedra, únicamente la mano pendía de ella. Los monos se balanceaban de forma graciosa. La piedra empezó a tomar transparencia y la mano del mono parecía difuminada con otra realidad, de otro mundo. Cuando el miquito quería salir por completo, una fuerza oscura lo haló de adentro. Chillidos de tortura. El mono desapareció.

Del otro lado, el loco Ángelus jugaba con la estrella. Se quitó la camiseta y la empapó en el río, se la volvió a poner. Ahora su cuerpo parecía bañado en diamantes. De la diamantina forma del cuerpo del Ángelus mutaba el agua. Una dura escarcha me invitaba a pisotear el agua, el río se había coagulado. Los monos que desaparecieron dentro de la piedra retornaban vestidos de una energía maldita, sus colmillos perlados resplandecían cóleras. Los monos danzaban sobre el agua congelada. Ojos malignos emanaban de las rocas; las figuras de lo que parecían ser hombres saltaban en pasos danzantes. En el momento en que me disponía a dar el primer paso sobre la condensación del tapiz, aparece la Colibrita violentamente, jalándome a tierra. Los monos excitados saltan sobre la pelada y la llevan hacia la linfosa condensación. El río retoma su acuosidad bañando las rocas. Desaparece la Colibrita, con los machines, en el precipicio.



EXSORCISMO NUBES VERDES

Toma de conciencia, “hummmmm”, las cinco y cuarto; cuarto des-
arreglado, pedazo de luz por la ventana; a las siete me quedé a en-
contrar con La Colibrita. Otra vez me quedé dormido escuchando en
el radio la historia de los hippies: ¿en qué me quedé? “Aaaahhhh”,
ya me acordé; en la partecita en la que los experimentales poetas se
refugian en el jazz y van contando, mejor dicho, poetizando, sí, así
se dice: yo poetizo, tú poetizas, él poetiza, ella poetiza, este poetiza y
este sí poetiza; es que con esto de la proliferación cultural todos son
poetas; los hay: neo nadaístas, iuspoetas, seudopoetas, poetas de
academia, poetas campañeros, estos últimos los más bonitos; ayu-
dan a hacer campaña política para que después el electo les regale
un puestico, por allá, en un rinconcito, en una oficinita, para agenciar
la cultura. Lo cierto es que estos abuelos de hippies sí practicaban la
poesía, vertían por sus venas chorreantes sustancias café clarito, los
cerebros calcinados, la boca seca y ese cálido enrojecimiento de la
carita. En el rato de las náuseas, vomitaban versos, eternos versos
envueltos entre el humo místico de tabacos y el éxtasis de San Juan
de la Cruz.

La Colibrita es mi parcera, mi llave, mi socia, socita; me enseñó
a besar y todo:

—Vení, hacéte para acá, abrí la boca, sacá la lengua, muévela;
así no, marica; métela, eso, así; ahora sí ándala cerrando un poquito,
ahí, déjala ahí —y ¡zacamás!, ¡qué besote! Con La Colibrita tenemos

una banda, ella toca el bajo, yo le hago a la guitarra, así que, como pueden ver, soy músico y toco heavy metal, pero escucho lo que sea; hay veces en que me chumo solo y bailo lambada, pero calladito, shissss (señalando con el dedo en la boca), es que hay veces en las que se me sube lo latino a la cabeza y me dan ganas de tener una orquesta, fusionar jazz, heavy metal, con los ritmos sabrositos de mi tierra, y lista la papayera, pero tocar en el Carnaval y morir patas arriba, porque eso quisiera, morir vestido de bufón, engalanado de colores y sumergido en las téticas de una linda bailarina. Pero mentira, mentira, ¿qué estoy diciendo?, el gran sueño es tener una banda que suene la putería, y tocar en el festival de la capital.

A ver, ¿qué hora es?, 5:30 p. m.; a esta hora ya deben estar empezando a limpiar los metederos, sí, es la hora, ustedes se preguntarán ¿cómo lo sé?, pues porque trabajé en putiaderos, chochales, discotecas, antros o bares de bombillo rojo. A las cinco llegábamos los meseros, tajar limón, limpiar las mesas, doblar servilletas y desodorizar el baño. Cuando estaba bien de a buenas la jornada, no había vomitadas, y cuando abusaba de la suerte, me encontraba cinco lukas. Como ustedes podrán notar, existen algunas ventajas al trabajar en esta clase de lugares; una de ellas, la mejor de todas, es que te emborrachas gratis y los borrachos te dejan propinas; hummmmm, pero déjenme recordar, ¿qué es lo peor?, a ver, esperen: lo malo de ser mesero es que sos el mandadero de todos, desde llevarle refrigerios, condones y energizantes al administrador del chuzo, hasta entregarles servilletas con números telefónicos a las niñitas guapas de las mesas de enfrente:

—Mire, llévele esta cerveza y este numerito a la pelada que está allá. —Cuando las muchachitas aceptaban, todo estaba listo; el siguiente recado era decirles que las esperaban en el baño; eso sí,

después de un buen baile pegadito, porque, imaginense ustedes, después de semejante sobadera, todos quedaban listos y todo bien.

Como les estaba contando, La Colibrita es la verraquera; nos quedamos a pillar en el Pagano a las siete en punto; ella es tremenda mamacita, mide comoooo...; no sé, lo cierto es que es más alta que yo; bueno, cualquiera es más alto que yo, pero, en serio, La Colibrita es una vieja bien linda, con tremendas caderas, piernas largas y una boquita que destila rubores; lo que le falta a La Colibrita son teticas, pero ¡qué val!; un día mi papá me dijo que las niñas que tienen teticas chiquitas son bien inteligentes. Cuando llega a los bares, todos los metachos la quieren iniciar en la conversa. Un día llegó un man grandotote, con un pelo rubio que le llegaba a la cintura; ahí sí me asusté:

—Éste está propio para La Colibrita — me dije; el man le echó el ojo; se acercó hasta la barra y de inmediato el mesero trajo consigo una jarra con cerveza:

—Se la envía Thanatos, pelada; —¡Thanatos!, —dijo La Colibrita y se cagó de la risa.

Vela ahí; la susodicha ya viene volteando la esquina; como les dije: ¡qué tremenda muchacha! Se ha puesto lo que me gusta: esa chaqueta de cuero pequeñita y el jean clarito, con pronunciados rotos. Me saluda con beso en la mejilla y todo, se sienta al lado, en la baranda, y me cuenta que estuvo ensayando:

—Vení, Colibrita de pesadas muselinas plateadas, metámonos al bar y me cuentas —la pelada dice que suave, que todo bien, que me trajo un regalito, mientras saca de su bolso media de brandy, un par de cervezas y paquetico de Pielchos:

—Tomémoslas afuera —dice la muchacha, destapando la botella. Saca dos copas de cristal y hace libaciones; toma una copa y la

baja con cerveza; se siente desde afuera la fiebre del arroz abismado con los cuarzos de trigo:

—Ve, ¡qué rico!, tómate la tuya — condesciendo con la niña y cierto: ¡qué rico! Nos bajamos el brandy mientras me va contando de los temas que tiene listos:

—Del Princess of the night me falta el acompañamiento del solo y listo —no le digo nada, porque a mí me falta completo. She was the princess of the night; La Colibrita está cargada de truenos: she was the princess of the night, esta princesa me dará paseos por el cielo: *sky, sky, sky*.

Garbeos empíreos y volteretas místicas agarrado de sus alas metálicas. Sacudido por las esferas ebrias del brandy, la música y la cerveza. Se termina la caneca de brandy y empieza a dar borondas la cabeza; entramos al bar, sentimos como la elástica vibración del sonido disloca nuestros cuerpos:

—¡Uffffff!, ¿sentiste?, ¡qué energía de caneca, viejo Thonder! —la nena me toma la mano por asalto; la sorpresa me retumba en la cabeza, en los pies, en las rodillas, en el tronco: yo entrando al Pagano con semejante vieja, y de la mano; de inmediato los complejos me asustan: ¿cómo me verá?, debe parecer mi señora madre llevándome a la escuela. Me lleva hasta una mesa, nos sentamos; las miradas están sobre La Colibrita; el mesero se acerca; pedimos dos jarras de hervidos, pero una después de la otra; el hervido frío entra cuando uno ya está bien chapetico, huuumm cagada, qué cagada, nos vamos acurrucando, mientras el leve titubeo del cigarrillo Pielroja se atrinca en cada rinconcito del ajetreado Pagano. Lo malo de los bares de hoy en día es que no se puede pegar ni una fumadita; antes sí, se podía fumar; yo me acuerdo que, cuando era niño, mi señor padre entraba a la casa infecto de nicotina; una vez que lo fui a buscar

al billar, en plena entrada te recibía una grandiosa nube de humo; a mi papá siempre le gustaron los billares, quizá de ahí mi fascinación por los bares y el alcohol.

Lo cierto es que, como les contaba, antes se podía fumar dentro de los bares, ahora hay que esconderlo: lo enciendes bajo la mesa, el destello de la mechera lo cubres con la mano y listo, una aspirada y lo apagas. El dueño del bar se acerca hasta tu mesa, intenta pescar lo que queda de humo, te mira con cara de fuera de aquí, lo levantas en seguida con la jarra vacía, le pides otra, se hace el huevón, todo bien, y así durante toda la noche, jarra va, jarra viene, fumada va, aspirada viene, bajo la mesa. La Colibrita se prende y le da por salir y entrar en todos los bares; yo siempre tras ella:

—Vení, entrá, acá está más bacano, hay karaoke y hasta el putas —ahí es cuando ya no le camellaba a la niñita; se prendía demasiado y empezaba a delirar canciones, se subía a las mesas, se quitaba la chaqueta e imitaba el toque de una guitarra eléctrica:

—Yo soy músico, hps —decía la pelada cuando nos sacaban de los bares; solo de un bar nunca nos sacaban, en uno en el que los dueños daban todo porque La Colibrita llegara ebria y se quitara la chaqueta, el baile, la mesa, la guitarra eléctrica.

Los dueños del bar eran dos hermanos; tenían plata los señores; alcanzaron a quitarle a su padre dos mulas y unos lotes que ahora se valorizaron, porque se volvió zona rosa el lugar donde los tenían ubicados; cuentan las lenguas largas que su papá fue uno de los primeros mafiosos de la ciudad, enviaba cargamentos de coca, pero no de esa que nos venden en los bares, no, coca de la buena, ciento por ciento pureza; la enviaba en caletas construidas artesanalmente por debajo de las mulas. El papá de estos señores trabajaba de latonero, deschiltando, cuadrando y remendando las latas de los carros. Un

día le ofrecieron soldar una caleta, el hombre aceptó y después Dios omnisciente sabrá cómo fue subiendo en el negocio. El viejo se volvió riquísimo, compró un putiadero y todo, el primer putiadero de la ciudad. Como se pueden dar cuenta, el viejo era primero en todo. El metedero se llamaba El Coche Rojo y quedaba por uno de los barrios centrales; funcionaba como casa de citas y hasta el carajo. Que vea, que a Don Zutano le gusta la muchacha de servicio de Don Perencejo, que le acomode una citica, que él trae la fritada y el tostado y una canequita de aguardiente y, claro, libre lo que cueste el encuentro. Así era la magnitud del antro; traía muchachas bien bonitas del guaico, con esos cuerpiños dorados e hirvientes; por algo eran de los huecos de la tierra, engendradas cerca al magma ardiente, allá cerquita del infierno.

Pero la cosa era más brutal cuando a algún viejo con plata se le antojaba la vecina de la esquina, la mujer del chumado, del que no traía money para el mercado. Entonces, a las señoras les tocaba putiarse decentemente. El encuentro lo planeaban entre el viejo con plata y la dueña de la casa:

—¡Maruja! —gritaba el viejo borracho—, tráeme a la Marisol —y ahí que Maruja mandaba a un guagua y el guagua pegaba la carrera, porque para él también había mesada, y llegaba con Marisol limpiecita, bien bañada, cortadas las uñas de los pies y cambiada medias. Y así, de a poquitos, a la señora del borracho le iba tocando putiarse y lo más tenaz era cuando los viejos con plata empezaban a frecuentar mucho a Marisol y les quedaba gustando Marisol y, de pronto, a Marisol le empezaba un ardor en no sé dónde y la fama de Marisol crecía, y ya no por lo buen amante, sino porque los esperpentos cotilleaban y patrañaban gritando:

—¡Cuidado, la Marisol está quemando!

El hecho es que el padre de estos hijuputicas era como el lugarteniente de un pastor reconocido, del más rico. De esos mensajeros de Dios que el domingo se desculan dando voceríos a los cuatro vientos en contra de la vanidad, el pecado y la glotonería; que favorecen la caridad y la pobreza, pero, cuando damos la vuelta, el culito empieza a componérselos sentados en las sillas de los mejores restaurantes, choreándoles la grasa en sus manos de las mejores carnes, de las mejores comidas. Saciada la sed con los mejores vinos, las mejores bebidas que habían comprado con el último céntimo del feligrés que pasa por el restaurante y no tiene para tomarse una sopa:

—¡Dios lo bendiga, hermano!

Cuentan las lenguas largas, no yo, pues a mí no me gusta el chisme, bueno, cuentan que este mafioso ayudaba a amenazar a los feligreses de la iglesia que tenían plata, para que le dejaran escrituras de los lotes y terrenos al pastorcillo; a aquellos que le costaba convencer, los otros, entregaban solitos, sin amenazas, como buenas ovejitas, como rebaño, como ovejas al matadero. Un día los herederos de una viejita llegaron a reclamar al pastor de las almas perdidas que, por favor, les entregue, aunque sea una piecita para vivir de lo que su madre le había entregado tan generosamente. El vocero de Dios de inmediato llamó al mafioso y los señores no aparecieron más. Pero eso no es nada; a mí no me contaron, pero por ahí andan diciendo que el pastor le daba contentillo a la cuchita para que le dejara los terrenos. El man le había metido en la cabeza a la anciana que, a través del coito, le pasaría la luminosidad que enciende el camino de las almas perdidas, y la abuelita, quedadita y herrumbrosa, no esperó más y ¡tenga!

Bueno, esta ciudad chiquitica se alimenta, se estira, se encoje,

con toda clase de personajes y alianzas, como en todo. El periodismo, por ejemplo, es una cabina con antena donde un aliado despostrica del alcalde porque no le dio la Secretaría de Prensa, y así, se la pasa toda la mañana, que en el barrio tal no hay agua, en el barrio cual hay una pelea con cuchillo, tras de los llanos de los centros comerciales intentaron violar a un niño:

—Aaaahhh, no, mentira, mentira, era una pareja de adolescentes homosexuales, a uno se lo notaba mayorcito que porque se había dejado la barba, pero, no, era consensuado; mejor llamemos al comandante de la policía para que se lleve a esos depravados; Dios libre a este pueblo de esa gentuza demoniaca, hija del Diablo, por los siglos de los siglos, amén —y es que así es esta ciudad de chiquitica y con unos personajes que mejor ni digo, todos se conocen entre todos y todos conocen a La Colibrita y como que todos quieren con ella y así se nos traspasan todas las noches; mejor dicho, nosotros no la pasamos a ella, no le trepamos, porque ella va a toda carrera, y de carrera en carrera se me perdió La Colibrita; es que las noches acá sí son serias; La Colibrita se me esfumó con los blackeros; es que esos manes no sé qué tienen; mejor dicho, ahora veo cómo les cuento.



NEMOTECNIA DEL CHANCUCO

Llovedizo escupitajo, ácido brote del hígado cocido por los espolones del chancuco. Desde niño he tenido esta afición por sorber lo que queda de rancio en el interior de la botella; cuando los chumados salían del estanco de mi abuela, dislocados y rengueantes después de haber ingerido por tres, cuatro o hasta cinco semanas del simulacro de las lagenarias, me levantaba lo que quedaba de bebida en esas pomas en forma de calabaza muerta. A ver... me acuerdo, eso era por el 92, o más bien por el 93; no sé, a la par que se me cocinaba el hígado, se me cocinó el cerebro. A ver..., ¿cómo no me voy a acordar de cuando era niño?, el problema debe ser que todo lo tengo asociado con trago; eso, eso es. No es como cuando uno tenía limpiecita el alma, llevaba en registro las primeras trazas, la primera rasca, la primera fumada, el primer mariguane, el primer pajazo, traía todo contadito; después, nada, todo se vuelve un remolino ebrio atiborrado por los vicios; así me encuentro, así mismito.

Lo cierto es que lo borracho lo tengo en la sangre, lo borracho y la música, ¡la música! ¡Ahhh... la música! Bueno, lo borracho es por mi par de abuelos, a los que les pertenecía el primer estanco, la primera chancuquería (en los pueblos del sur, se le dice chancuquería al lugar donde se vende trago artesanal y de contrabando) de la mini, la mini ciudad; es que esta ciudad es chiquitica. La chancuquería la tenían por los lados del mercado, en una casa exquisita, colonial, grandota, de unos colores tímidos y estrambóticos, eran como de un tono ver-

de aguamarina clarito, con un verde más intenso, turquesa sería. En esa casa pasaba de todo, desde las dionisiacas sin fin de los cargueros y obreros hasta las batidas que se generaban con la policía cuando llegaban a sellar el chuzo; es que, señoras y señores, el chancuco, en estas localidades, está prohibido desde que se les dio por decir que el contrabando nos está parando el camello; la señora autoridad se dedicó a perseguir a los chancuqueros y todo trago artesanal que se preparara en la cocina de las casas. ¿Qué va a saber el ojo de Dios de la potencia de esta bebida? Al fin y al cabo, con esto de la colonización, nos colonizaron las borracheras. Mi abuela cuenta clarito, nítido, señoras y señores, de cómo y de cuándo surgió esta bebida maravillosa que vuelve varón hasta el más marica; lo traían de por aquí cerquita, de los resguardos de los indígenas; es que los indígenas sí eran cosa seria: los últimos que quedaban eran pura blasfemia, desde antropofagia hasta hechicería de la buena, y los seres ultraterrenos que habitaban, ni se diga: había unos que se alimentaban de grasa, sí, de grasa, de la manteca de los transeúntes que se inmiscuían en tierra pesada; metían sus narizotas en el monte sin pedir permiso y después caminaban famélicos hasta encontrar la muerte; con el tiempo, la madre Iglesia los clasificaría como demonios, y a sus ritos como prácticas satánicas. La verdad es que el chancuco lo sacaban escondido de una olla de barro, preparado con un guarapo de agua de panela; a eso le ponían levadura y los despojos de amargo de una chicha sobrada, para que quede bien fermentadito; eso sí, tocaba refundirlo bien bajo tierra; imagínense lo que los seres telúricos hacían con esas botellitas. Es por eso que también sirve para soplar los males que se contraen en el monte; muchas de las veces que anduve merodeando por las zanjas, se me pegó un bicho, un mal; es que las zanjas son lugares pesados, tierra pesada, tierra seria.

Así como el lugar al que me llevaba mi madre y me dejaba atado a un árbol y se iba con el Señor de la Huerta. Tierra pesada y, por pisar tierra pesada, se me negrió toda la cara; después me salía pus y un agua rojiza; mi madre se preguntaba si sería a causa del Chutún o el Cueche; es que si a uno lo agarra el Chutún después de las cinco y media de la tarde tomando frutos de los campos, le cae la mancha: ¿no ven que él es el espíritu guardián de los frutos de cinco y media a seis y media?; también son propiedad de él los frutos que caen en tierra, por eso no se puede recoger ningún fruto de los que están en el suelo, porque le pertenecen. Y ¿qué decir del Cueche? Se dice que a los hombres los mea y a las mujeres las embaraza, se les inflama el vientre y mueren y, cuando mueren, se les desprende del estómago toda clase de bichos. A los hombres se les negrea la cara; eso debido a que han estado orinando donde el Cueche ha caído; por eso los abuelos nos decían: “No meen cerca de un aljibe, ni tampoco en llanuras donde una parte de ella esté amarillenta, porque ahí ha caído Cueche”.

Me llevaron donde mi abuela y ella, como se las sabía todas todas, me curó con chancuco; dijo que tan solo me había metido en tierra pesada y que yo todavía tenía la sangre liviana, por eso tuvo que curarme, para que se me vuelva aguerrido el espíritu, pero, aquí entre nos, se le pasó la mano y me envió del otro lado, del lado de los malos.

Es por eso mis inclinaciones hacia abajo; mi madre me había dicho que, desde niño, siempre veía personajes pequeñitos que me llamaban a un árbol; yo, lo único que recuerdo es lucecita aquí, lucecita allá, pero todas desprendidas del matorral, del mismo que me dejaban atado cuando mi madre iba por hortalizas con el Señor de la Huerta. Muchos dicen, entre ellos mi abuela, que ese Señor es mi papá, que mi mamá engañó a mi padre toda la vida y que todos los sábados en la tarde se encuentra con ese Señor en la huerta:

—Ahí es en donde se la pasa revolcándose —dice mi abuela; la verdad es que este topoarraigo, de alguna manera, señalaría los límites de mi savia; tal vez, no sé, en ese árbol, que está cerca de la huerta, tenga algo que ver con mi existencia, con eso de que los celtas le escogían a uno y le sembraban el arbolito que lo regiría por toda la vida y, después, a la hora de la muerte, los muy sabidos cortaban el árbol, lo metían a uno allí y lo lanzaban al río; lo regresaban a las aguas, el retorno acuoso al vientre madre, al cielo líquido de la tierra; con mis alitas empapadas llegaré hasta el cielo; adiós, angelito; por eso es que mi madre designó mi camino con el sustantivo del Ángelus.

Más rememoras y de esas ya no me quedan; después de que mi madre se fue con el Señor de la Huerta, hasta ahí llegó el angelito. Entonces, con tanta lucecita prendida de los árboles, tanto muerto y tanto chancuco, se me fue inclinando el alma por los lados de lo oscuro; es que desde pequeño siempre me precipité al abismo, desde siempre me habían venido gustando las historias de miedo, de horror, de ese horror provinciano que mi abuela contaba y yo de inmediato entrecruzaba en mi cabeza con las películas de Alfred Hitchcock, con Viernes 13 y el padre de la iglesia de la capilla caminando descabezado; entonces, así se inicia uno de a poquitos, de a poquitos de miedo se le va volviendo negra el alma, porque a uno ya lo van criando con seres de extrañeza, con espectros, con apariciones, y despacito lo van entregando de ahijado de las tinieblas, pero ¡qué maricada!, tomemos un trago para mojar la palabra: ¡Saaaalud!.

Ve, me acordé de otra, aunque ustedes no lo crean y, según mis inclinaciones, mis preferencias y los decires de mi abuela, ese arbolito fue consagrado a Kuma, ¿de dónde sacarían ese nombre?, no lo sé, pero, según mi matriarca, en los árboles los indígenas hacían actos de iniciación y ese árbol era preciso para entrar en contacto con los es-

píritus de los muertos. ¡Qué miedo!, ¡qué maricada!, y para el susto, un trago de chancuco, uno, otro, otro, otro. En serio, sí, ese árbol se consagró a un ente sobrenatural y a mí me iniciaron con él, me mandaron al otro mundo y nací de nuevo; dicen que morí ahí a mi otro yo; es que el yo que dejaba antes mi madre atado al árbol, cuando ella se iba con el Señor de la Huerta, murió ahí; y este yo, el que les está contando, revivió con mi abuela, cuando ella me reclamó al matorral; es que yo me quedé en ese lugar. Después de que mi madre se fuera con el Señor de la Huerta, yo no comía y no dormía y, cuando un niño no duerme, es cosa seria, porque dentro de sí sabe que, si duerme y cierra los ojos, se lo cargan los espíritus del monte; entonces, mi abuela se dio cuenta de que estaba llevado otra vez de mala tierra y fue y me reclamó a Kuma, el espíritu que habita en el árbol donde mi madre me dejaba atado y se iba con el Señor de la Huerta.

Como les venía contando, mil disculpas para ustedes, cuando se me pega la aguja no hay quién me pare y sigo y sigo y cuente y cuente; es que, aunque a ustedes les parezca sorprendente, aquí entre nos, esto de estar contando fue una terapia del psicólogo, ¡je, je, je! El cata-dor de almas me dijo que, para la pérdida de memoria, tenía que empezar a recordar todo clarito. En la primera sesión, que me la pagaron mis sobrinos, unos chiquillos que aparecieron de no sé dónde, empezamos acordándome del color de medias que me ponía en la mañana; inmediatamente sopa de letras en la tarde, en la que encontraba siempre: huerta y señor, y, de próximo, nuevamente describa medias y calzones y tanta maricada, para después acordarme del primer paseo familiar, y empezaba a relatar el camino, la comida, los juegos, y hasta ahí me llegaba el cerebro, quieto, fundido, tostado, y me daban ganas de llorar; entonces, el médico me decía que todo bien, que es normal, que llore, pero llore y acuérdesse, recuerde llorando:

—A ver, empiece nuevamente, —y yo empezaba y el cerebro no me daba más y hasta ahí llegaba, ¡pummm!, olía a cerebro calcinado. ¿Lo huelen?

Y ustedes se preguntarán, entonces, este tipo desmemoriado de cerebro rostizado, ¿cómo es que se acuerda de todo lo que nos está contando? A saber, porque lo tengo escrito; aprendí solito un sistema de colgadero que inventaron los gringos, un sistema que consiste en asociación de palabras; por ejemplo, a ver reviso: después de la quedada en el árbol, sí, a ver, están: la palabra chancuco, tierra pesada, huerta, señor, Kuma, ya está. ¡Aaaah!, ya, sigue la palabra Flor. Por Floro, sí, Floro. Entonces, como pueden observar, sigue la historia de don Floro. Pero, a ver... , la última palabra fue Kuma, ¿cómo fue que asocié la palabra Kuma con Flor y de ahí Floro? Ya me volví una pelotera, ¿cómo es la cosa? Hummmm... , ya me acordé. Según lo que cuenta la abuela, a mí, a Ángelus, me entregaron a Kuma, el espíritu del árbol; mejor dicho, no me entregaron, el espíritu me llamó solito; se acuerdan... , en el árbol que me dejaba atado mi madre cuando se iba con el Señor de la Huerta; de ahí en adelante, todo fue obra de mi abuela; a ella se le había metido en la cabeza que los niños deben ser entregados a alguna deidad, como en la antigüedad y, si mal no recuerdo y acierto con mi cultura general, se los entregaban a Moloc, dios de los amonitas y también de los hebreos, Yahweh, según Octavio Paz y, según él mismo, a Hutzilopochtli, Tezcatlipoca, Odín, Thor, Hades. Bueno, ese pensamiento se llevaba mi abuela y desde ahí llevo la insignia.

Al parecer, al atribuir al símbolo y a la representación de estas deidades, se manifiestan en escena, atravesando a todo el combo, señalando su existencia con el mal y la trasgresión a los pelados con quienes conformé la banda. Es que les aseguro, señoras y señores, cada uno de los locos que conforman el grupo, y también la barca de

la vida, tienen sus relaciones con el fondo, lo bajo y lo siniestro de la divinidad. La Colibrita, por ejemplo, ¿saben por qué le pusieron La Colibrita? Pues por su relación con Hutzilopochtli, el dios mexica, al que le decían el colibrí zurdo, y al que los españoles le tenían tanto miedo por su semejanza con el Diablo. Según cuentan las malas lenguas, a este dios se le sacrificaban niños reconstruidos con alas de gavián, instrumentos musicales, conchas y caparazones de caracol, para tener la apariencia del dios al que se rendían. De ahí fue que la pelada sacó el sobrenombre.

¿Qué decir del loco Gato? Al hombre lo entregaron a la Virgen de Las Lajas; pues, en realidad, no fue a la Virgen, sino al ente que se encontraba antes de ella, al mismísimo Satanás, el que se le aparecía a los caminantes cuando intentaban pasar el Puente, y el loquito del Jaguar, según él, se compactó con Tezcatlipoca, deidad tolteca, representación de la región del reposo y de la región de los muertos. Como un jaguar se interna en las montañas y los montes, dios de los volcanes y terremotos, por eso los pueblos originarios de México asociaban su rugido con los bramidos de la tierra y, para parar el bramido, había que sacrificar a un joven esclavo que cumplía con sus características. Entonces, juzguen ustedes mismos, ¿existe o no existe relación del combo con la muerte y lo transgresivo? Y, aún más, la relación de estas deidades con el Diablo cristiano.

Pero, a ver... , volvamos, íbamos en la palabra Flor, de don Floro. Listo, lo que les iba a contar es lo siguiente: claro, don Floro, otro de los muchos que fueron consagrados y, cuando adultos, afirmaron el acuerdo y se compactaron. Este señor, del que los mayores se acuerdan todo, y mi abuela, que no se cansa de contar la historia —tal vez por eso salí tan parlanchín— y lo sienta a uno en el borde de la hornilla y empieza el soplónazo de palabras, de que, por allá en la vereda

donde solo hay caminos de a pie, había un señor que se llamaba Floro, y uno se imaginaba a don Floro, y la abuela seguía contando: a don Floro, ahí donde lo ven, le tocó pelear con la comunidad del oro; por eso es que se volvió riquísimo, pero que, decía mi abuelo, si esa plaza de compactados es maldita, por eso se quedó sin nada, solo con las botas y ese pantalón viejo con el que anda. (Lo que no sabía mi abuelo es que su señora esposa, mi abuelita, le hizo unos menjurjes al estimadísimo señor para que los parvos de la comunidad lo dejaran dormir por la noche, porque resulta que a don Floro, pequeñísimo, lo entregaron a una quebrada, la misma que baja de la montaña y limita veredas con veredas, y en la misma que se le apareció la comunidad del oro, cuando el señor tenía dieciocho.

Se le apareció la comunidad en su primera borrachera; el pobre chapetico, chapetico, miró que, desde el medio de la montaña, respingaban lucecitas; se frotó bien los ojos, se echó otro aguardiente y se acercó; lo encontrado fue un detallado y finísimo pedazo de oro puro; retiró el segmento y, en esas, que salen como veinte enanos a llevárselo; entonces, el sacó una navaja, que tenía en el cabo un hueso, los seres miniatura se volvieron bufonescos y le concedieron camino; aunque no me lo crean, señoras y señores, la montaña se abrió y los enanos le dijeron que saque lo que pueda, pero lo más tenaz es que, a pesar de que el señor se volvió rico, los seres enaniles lo atormentaban en las noches, y ahí fue donde mi abuela le hizo el brebaje y la ceremonia y le espantó a ese poco de chiquitines y en favor de esto fue que don Floro le dejó a mi abuela un poco de costales de cuero llenos de oro y que dicen, si mal no recuerdo, están enterrados en esta mismísima casa; mi abuela no los quiere sacar, porque dice que con solo la presencia de estos se le llena el chuzo de borrachos y obreros que vienen a dejar la quincena en chancuco.



BLACK RAIMY

¡Aaahhhh!, ya, ya me acordé, espérenme me levanto la última bocanada de brandy y les sigo contando; ¿en qué iba?, jaaahhhh!, les estaba diciendo cómo fue que me levanté un día, no me acuerdo, debe ser mucho tiempo, y me fui a ver a La Colibrita; de La Colibrita, ¿se acuerdan? Mi parcerá, es que esa Colibrita sí era mucha mujercita: tocaba el bajo de una manera, jaaahhh, ya!, el bajo, eso fue, ya sé por dónde va, me acordé. La Colibrita se me había perdido en el karaoke de los hermanos hps; yo no sé cómo fue, yo también estaba muy ebrio, vuelto nada; habíamos bebido toda la noche; caímos en ese bar cuando todo estaba cerrado; yo lo que me acuerdo es que estaba un parche de blackeros repartiendo trago barato a diestra y siniestra. Afuera, en la esquina del bar, había como ocho muchachos; uno de ellos, uno ya mayorcito, estaba hecho el jefe; los otros más pelados, y ahí, que ese cuadro oscuro me hace recordar, no ese día, me hace recordar ahora, en este mismísimo momento, aquí en mi casa, cogido mi guitarra y mi cuarto de brandy, cómo fue mi iniciación en las brigadas metaleras, pero, a ver, esperen cuadro bien las cosas, pero antes me tomo un trago.

Ya, ¡qué buen trago! Quedamos en que les iba a contar cómo fue mi iniciación en la horda metálica; pensándolo mejor, esa historia se la cuento más tarde, porque me hace perder el hilo de lo que les venía mencionando. Esa noche no apareció La Colibrita y, desde ahí, se fue perfilando la desaparición. Al otro día, aún medio chapeto, me fui corriendo a la casa de mi amiga, timbré y timbré, pero nadie

abrió; el problema, si así se puede llamar, era que la muchachita vivía sola; digo problema, porque cuando la rasca no era conmigo, sí era de verdad un problema; se me venían a la cabeza los malos pensamientos y las especulaciones de con quien amanecería la niña y, claro, una vez más las piruetas de la mente se cristalizaron; timbré otra vez y salió el blackero que estaba hecho el jefe, ¿se acuerdan? El enano este, porque era como yo, salió sin camiseta y las manos negras de ceniza; me preguntó qué quería y yo echaba ojo por los lados a ver si la princesa salía o se dejaba ver al menos una puntica de la pierna... y nada. Y el enano enojado queriendo tirarme la puerta en la cara y yo que no y no, y que me había quedado a ver con mi amiga hoy para cuadrar los temas del repertorio y las vainas del ensayo, y el man que no y que no. Cuando estaba a punto de tirarme la madera, La Colibrita que pega el grito, y yo salvado:

—¡Entrá, marica! —me dijo desde el extremo de un sillón medio desnuda. Tenían dos galones de chapil los adoradores de Dionisio, un cartón de Pielchos y dos copas de vino rojeando; a la vieja, del guayabo, le gustaba tomar vino seco y frío, al menos hasta que le fuera volviendo el Diablo; después, bebía lo que fuera y seguía en la interioridad del Raymi.

El man era el bajista y vocalista de una banda de black metal de la capital; con razón estaba rodeado de la horda satánica. La Colibrita me lo presentó. Con el rabito del ojo alcancé a mirar unos estuches de CD's donde se encontraban tres tipos maquillados de blanco, como mimos endemoniados:

—Voy al baño —dijo la pelada y me dejó conversando con ese nomo satánico:

—¿Qué hubo, pelado? —me dijo, con un acento como yo no sé de dónde.

—Bien y vos —dije, tratando de lograr una mirada más extensiva hacia los CD's.

—Siéntelo, pelado —volvió a hablar el blackero, haciendo una mueca y señalando con su mano huesuda el sillón donde estaba sentada La Colibrita. En el sillón, por ahí por los huequitos por donde se van las monedas, se alcanzaban a divisar dos de los tres hilitos de la tanga que se tragaba el sillón, ¡pobre tanga, de bocanada en bocanada!

—Todo bien —dije como si no hubiera visto nada, y me senté —y el man que se empieza a desahogar con su carga de experiencias en la capital y que el próximo año se iba de gira por Suramérica y toda la cosa y, entonces, yo pensaba que el rock and roll pasó de moda y lo que había que volverme era blackero, porque, imaginen, el man, sin pinta ni nada, anda de gira por este país patojo y después para todos los países del sur y, encima, se come a La Colibrita, pero entonces se me venía a la cabeza la voz del parche:

—¡Blackeros, ni por el putas! —Y del otro lado la voz del Ángelus, feliz de la pelota, ensayando su voz de gata degollada y cumpliendo con su sueño de ser baterista y vocalista y ¡de black metal, hijueputa!, que para eso sí hay que tener huevos o, mejor, no tenerlos, como los eunucos. Entonces, se me venía a la cabeza la nueva banda. La Colibrita bajando, a mí la primera guitarra, el viejo Gato el piano y el Ángelus la voz y la batería.

Pero ¿qué, cómo va eso del maquillaje, hermano?, y ahí que empiezo con la preguntadera al blackero, que ¿por qué el maquillaje?, y empieza con su carreta que los egipcios, que los vikingos, que también los indígenas y que ellos se maquillaban por completo para salir a guerrear y que en el rock fue un tal Arthur Brown y que también Alice Cooper, del que yo si sabía que era uno de los primeros en

usar maquillaje y, entonces, al man ya le empezaba a hacer efecto el vino y se le trababan los nombres y por allí se alcanzaba a escuchar que el Doom Metal, el Gothic Metal y el Dark Metal y que la primera oleada de black metaleros utilizaron un maquillaje cadavérico, para usufructuar en el maravilloso mundo de los muertos, y que, más tarde, las bandas más brutales lo conciben para parodiar los dogmas y la sacralidad del cristianismo:

—Y vos, ¿por qué te maquillas? —le pregunté, y me dijo que por todas las anteriores, específicamente para atemorizar, para sacar corriendo a los cristianos, a los políticos, a los mojigatos moralistas, así mismito como las tribus paganas sacaban huyendo a sus enemigos. El maquillaje es la mancha profana que enmugra la dizque immaculada alma del rebaño, para eso sirve, para ensuciar, para volver mierda, decía, llevándose la botella de chapil a la boca.

“Pelado”, me dijo el blackero, mientras se pegaba tremenda succionada, “por la música he entregado todo. Desde los 10 años escuché black metal”. Yo creo que exageraba un poquito, porque lo único que anda escuchando uno a esa edad es rockcito en español y maricaditas de esas; por ahí se le enredan ritmos de todo un poquito, música disco, trance, pero no Trance, la banda alemana; no, el trance es la música electrónica de baile, por ahí también se entremete el house, el techno, y juntos, en su época dorada, se transformaron en techno house. Entonces sí, creo que el blackero exageraba un poco. Y se soltó nuevamente con su carreta, porque eso sí que hablaba como suegra queriendo convencer para ir a misa. Y empieza con que desde su niñez se maquillaba y sacrificaba animalitos en nombre de Belcebú y que el Diablo le ayudaba a conseguir plata y que la primera novia que tuvo se la levantó gracias al Diablo y un poco de maricadas, que en momentos le creía y en otros no.

Por ejemplo, que un 31 de octubre organizaron una misa satánica, una misa negra, una vaina bien hijueputa, con cuatro bandas, para que tocaran black metal toda la noche y toda la mañana del día de los difuntos. Es que la cosa sí era seria; según la carreta del blackero, uno de los integrantes de una banda, que se llamaba Maleficio, era interesadísimo en las artes negras, en la brujería y los aquelarres, que según los libros poco sabemos y lo que sabemos es por las confesiones de los pobres acusados que de tanta jodedera terminaban por responder ideas y fragmentos sueltos que deleitaban a la imaginación de los inquisidores. Lo cierto es que al hombre se le había incrustado en la cabeza que la misa negra era el reverso, la parodia, el patas arriba de la misa del sacrificio cristiano, pero lo que realmente el hombre pensaba era que el maleficio era lo contrario al sacrificio; el man también había leído bastante; entonces, ¿sí ven por dónde va la cosa?, por eso es que el man le puso a la banda Maleficio.

Entre todas estas, los manes planearon la misa negra: el sacrificio, el maleficio o como se llame, se realizaría a las doce de la noche, solo invitaron blackeros de pura cepa. El plan era llevar una quinceañera virgen, para hacerle la vuelta entre todos. La víctima de la expiación era una pelada inquieta por los blackeros; es que esos manes no sé qué diablos tenían, pero las peladitas caen como mosquitas, tonticas tonticas van llegando a la cita matona, al desnucadero de los tábanos. Uno de los manes se la levantó y le fue sacando que la peladita era candorosa. Es que a estos manes les importaban un culo los vínculos afectivos con tal de ser los más fieles lambeculos del macho cabrío y llevar la contraria al cristianismo. En tal caso, preparaban todo a copia y sello de un cuadro de Goya. La fascinación por los bosques y la agresividad de los campos las pensaban tal cual el paganismo; como en los ritos de la Edad Media, como la religión de los

campesinos, donde Satanás se levantaba como rey de los esclavos, víctimas de un orden establecido y de una religión dominante; por lo tanto, el toque lo hacían a las afueras de la ciudad.

De charla va y charla viene, en esas que se vuelve La Colibrita puesta unos pantalones apretados y en sus manos un CD de Black Sabbath; el blackero se queda mirando el Compact Disc y ¡qué putería de banda!, ¡qué putería de álbum!, ¡qué putería de vieja! El primer álbum de Sabbat es una obra maestra; esos temas sí hacían temer. ¡Sorpresa!, al blackero le gusta Black Sabbath. Acepta la tronada. El blackero no es tan radical. La vieja Colibrita nos invita otra ronda de vino, mientras suena N.I.B y entonces:

¡Oh sí!

Ahora te tengo conmigo, bajo mi poder

Nuestro amor se hace más fuerte ahora con cada hora

Mírame a los ojos, verás quién soy

Mi nombre es Lucifer, por favor toma mi mano

Nos levantamos las copas de vino y las bajamos con tragos de chapil; me voy tornando coloradito y a ellos les empieza a volver la rasca: "Lo mejor de la chuma es el día siguiente, pelados", dice la niña, y se manda por un CD de Def Leppard, y ahí sí que el blackero se puso como agreste y a La Colibrita le importa un culo y pone: Pour Some Sugar On Me, Vierte un poco de azúcar en mí, y empieza la bailadera y el blackero putísimo y la nena se le sube en el mueble y le mueve su carnosidad en la cara y el blackero marica se pone más bravo. Blackero güevón. Se termina el tema y el blackero toma las riendas y se tira un cassette de Hellhammer y empieza lo chatarro y el trastrabilleo y el amo de negro se levanta la botella, toma un trago

y se lo pasa en la boca a la guagüita y empieza a hacer muecas y empieza la apretadera y se abrazan y se besan y mis manos se hacen agua por agarrar alquito de la niña y pienso: "Será que esto es el inicio de un trío, pero ¡mierda!, el trío que yo quería era con dos viejas", y empieza la apretadera y yo ya me lanzo a ellos y ellos parecen vino con chocolate y, en esas, que me arriesgo y me quiero lanzar y suena algo como Satanic Rites y parece que La Colibrita es la virgen en el brillo de la luna y Satanic Rites, Satanic Rites, no puedo resistir mi lujuria. Al blackero se le chorrea la baba por la niña y, en esas, por un ladito me hace una seña como que "A la mierda, muchacho; este vino con chocolate es mío", y yo lo único que medio puedo hacer es robarme un par de Compact Disc y una botella de chapil.

Cuando llego a casa, soné en la grabadora unos de los CD y seguí tomando de mi botellita de magia robada. El blackero endemoniado se quedó con La Colibrita. Trago va, trago viene, va sonando El Mago de Black Sabbath. Me levanto la botella hasta el último sorbo, la cabeza se me va envolatando con melodías que succionan lo que queda de sobriedad, magia va, magia viene. Mago sería yo para La Colibrita. Más chapil para el hechicero. El menjurje pasa y desborda encantamientos, latiga chispas violetas, suelta animales místicos, monos plateados destellan música por sus bocas. Voces guturales. Gatos psicodélicos ronronean tristezas. Perros jorobados de aullidos desgarrantes. Proyecciones de magia, entretejidos de hechizos. Conecto mi guitarra, tonadas azules, amarillas, cafés, blancas, rojas. Llega mi padre. Tonadas negras. Desconecta el hechizo, desconecta la guitarra, desconecta la magia. La bota enorme de mi padre sobre la guitarra. Botellazo en la cabeza. Sangre. Tonadas negras. Sangre negra.

Salgo de casa tambaleante en busca de sangre de Diablo, pero

nada en los bolsillos. Lo mejor que se me ocurre es pasar por el taller de mis amigos. El ojo eléctrico de la gente despide límpidas hipocresías, mientras chorrean hilos de sangre de mi cabeza, vertientes metálicas, chorros de vida, sangre y metal. En el lavadero del taller, sumerjo mi cabeza atiborrada de melodías metálicas, los hermanos de metal me regalan unos cuantos pesos, que se transforman en baterías. Doblo la esquina, la puerta del estanco entreabierta, me lanzo al oasis de botellas reducidas con el pus del desterrado. Una, dos, tres parvas botellitas en dirección para los potreros de las nuevas construcciones. Ebriedad. Sublime ebriedad. Colibrita. Colibrita. Colibrita.



GUAGUAS OF THE GRAVE

El jefe de los blackeros quedó atrapado con todo y combo, ¡por güevón!, muy confiado el hombre. El Mago, mi llave, mi amigo, mi hermano y camarada se salvó por un pelo de perro negro. Es que, desde que nos encontramos en el cementerio, esos manes se hicieron los jefes y venían y jodían y zarandeaban el parche:

—¡A ver, guaguas glameras, ¿qué hacen en tierra de varones? — nos dijeron, ¡quitándonos la botella de Sureño!, y ¿cuáles guaguas y cuáles glameras? Ya estábamos graduados y nos gustaba el Rock and roll, el Heavy y el Hard, ¡el Glam, ni por el putas!, el Punk de vez en cuando, pero el Glam, nada, nada, nada. Es que, imaginen ustedes, andar puesto los calzones de la hermana y maquillados como prostitutas; ¡noooo, eso no es para nosotros! Les hice un quiebre y les quité la botella; quedé atrapado en medio de los puñales de dos hijos del bajísimo.

En esas que sale el rey de la horda y nos desafía: “Si son tan varoncitos, metámonos a la fosa. Me eché un trago de aguardiente y, de una, me abrí paso hacia el réquiem de los indigentes.

El camino me lo sabía de memoria, aun en la noche. La fosa quedaba por el lado de los muertos que fallecieron en el año de 1993, enfrente de los baños. Los blackeros me seguían corriendo, corriendo, yo alargaba el paso, el Mago estaba medio inquieto y paniqueado, pero del resto, bien, todo bien. Primero me metí al baño, pegaron la carcajada:

—¿Qué, del susto se cagó en los calzones? — insinuaron, —Nada —les dije. Abrí la llave donde lavan las escobas, me quité la camiseta y metí la cabeza en la chorrera. Un trago más y listo.

—Vamos —les dije. El agua me caía fría por la espalda, pero se iba calentando por la adrenalina, —¡qué va!, ¡yo, a esa altura, no le temía a ni mierda, mucho menos a unos hijueputas muertos! —me levanté la botella de Sureño y me la eché en la cabeza, tomé otro trago y lo esparcí por el cielo. Era una noche brutal, de esas que nos encantaban. Mirábamos en el calendario el tamaño de la luna y salíamos a nuestros saltos de tumbas, si así se puede llamarles; más bien nos encantaba la noche tranquila y, como el cementerio quedaba a las afueras, era una oscuridad inmensa, que se difuminaba con las lejanas luces de las casas.

Yo, bajo al cementerio desde que estaba en noveno, buscando las historias que me contaba la abuela de Ruder, un hermano de sombras de la infancia que vivía en camino al cementerio. Este cementerio es cosa seria; la abuela chanchaca, chanchaca y con un olor a meados, ni el tenaz se refería a los Viernes Santos, como viernes oscuros; a la vieja le daban miedo los Viernes Santos y se le estilaba el pañal cuando nos contaba de la procesión de la otra vida; en esas entraba el papá de Ruder y nos revestía en regaños:

—Guaguas maricas, ya la están haciendo mear a la abuela —nos decía, gritanto. La abuela contaba que, después de las procesiones en Semana Santa, a medianoche, sale la procesión de la otra vida, la procesión de los muertos. Una vez la pobre abuela había salido al baño, en esas casas antiquísimas que el baño quedaba en la mierda, y escuchó unos susurros y unos rezos todos extraños; la abuela que sale del baño y se acerca a la ventana y tome, ahí estaba el cortejo de muertos con huesos en forma de veladoras y, desde ese momento, a la abuela

de Ruder se le empiezan a ir pasito a pasito las aguas menores.

Cuando llegamos a la fosa, los blackeros nos increparon a bajar primero; quitamos la tapa de cemento que pesaba un resto y bajamos, tras de nosotros bajó el que andaba hecho el jefecito, los otros se quedaron mirando y el man los rajó con la mirada. Bajamos por unas escaleras de varilla podridas, el olor era nauseabundo, mezclas de flores podridas con viejas osamentas. Llegando al fondo, se sentían en las pisadas los cráneos, fémures, canillas y todo hueso que salía cuando dábamos pisadas.

—Mis respetos, guagüitas glameras —nos dijo el jefe y nos sirvió un alcoholcito; con el olor tan hijo de puta sulfurando en el hueco, casi se me regresa por la nariz, pero el honor era más fuerte; aguanté y me tomé otra:

—Ahora sí, nos vamos en el orden que entramos —le dije, mientras el blackero nos cedía el paso con la mano. Quedé mirando al viejo Mago y subimos. Una vez el Mago arriba, tomé ventaja de los blackeros y les taponamos la fosa.

Mientras salíamos del cementerio por eso de los muertos de este año, los frescos, estaba una pelada de rodillas, sola, solita, al parecer haciendo letanías. Cuando pilló que nos acercábamos, se levantó y desapareció por el callejón de salida. La pelada parecía conocida; al viejo Mago le quedó sonando el rostro y, claro, era la bajista de los Blasfemia, la banda de black metal más brutal que llegó a tener la ciudad. Es que esos manes sí se encontraron los que eran: el viejo Gato y el viejo Jaguar, que eran músicos desde peladitos; además, el loco Jaguar estudió en la Universidad Antropología y fue el que les metió el cuento que se podían hacer compactaciones con el Diablo en La Piedra de los Monos. Algunos dicen que el man se pegó la peregrinada y gracias a ese viaje es que los manes iban a telonear a Inquisition en la capital.

¿Qué decir de la momia del Ángelus, el metalero más viejo de la ciudad y que hizo parte de la primera ola de blackeros? El más peladito, cuando se parchó con la banda, fue Thonder; tragado como un putas de la bajista, La Colibrita, full vieja, aparecida de los cuentos de brujas europeas, la piel blanquísima y el cabello rojo, concubina del bajísimo, lo supimos porque, esa noche que salíamos del cementerio, en la tumba en la que estaba inclinada la vieja había un frasco de agua aceitosa, con un animal dentro; lo más tenaz era que la tumba pertenecía a un recién nacido. La vieja abrió el pequeño féretro, blanco, y se llevó un pedazo de cráneo. Según los brujos y los entendidos en esos cuentos, si te llevas algo de una profanación, tienes que dejar algo viviente en la tumba para contrarrestar poderes. Lo tenaz de todo el suceso fue que, después de esa noche, la vieja desapareció de la ciudad y, como la familia de la vieja tenía billetico, empezaron la búsqueda por cielo y tierra; a los primeros que investigaron fue a la banda, porque andaban con el cuento que a la vieja la sacrificaron los satánicos, sus amigos, su parche, la banda, ¿para qué? Dizque para ser famosos.



OTARIOS Y CACATÚAS MELÓDICAS

Ven, viejo, déjame bañar en tu casa y salimos. El agua está fría y sucia. Viejo, lodo espeso sale de mi cuerpo; viejo, abre la puerta. No, viejo, el seguro está sellado. Viejo, la mugre me está asustando; hace dos días no llego a casa. La toalla vieja. Nada, viejo; son las dos y tú no terminas el ritual de los atavíos. Hoy es un día de esos que se guardan en baúles de leña. Hace dos noches que no puedo pegar el ojo; por eso y para incrementar la adrenalina, ¡zass!, ¡magia! Medio cartoncito para agudizar la vigilia. El cartón fue de los morados con azules claros celestes. El cucho Ángelus me había dicho que esos eran potentes. Viejo, ¿de qué tengo cara? ¿Se me nota mucho el embalaje? ¡Qué va!, lo bueno es que hoy es el día, ¡el día, viejo!

El man se terminó de alistar y salimos. La casa del viejo Thonder quedaba cerca del concierto. El man es todo bien, aún es pelado, me llega a la médula. Además, porque el man me cae hace tiempo, se tragó verracamente y dice que no se meterá con nadie, si no es conmigo. Fiel. Inteligente y toca la guitarra la putería. El pelado fue el último en caer a la banda; necesitábamos un guitarrista rítmico para que acompañara al viejo Jaguar; hicimos una audición, cayeron tres guitarreros: un man con pinta de nazi que tocaba black metal; en esos tiempos, al black lo teníamos como pura estupidez, no entendíamos la evolución y la profundidad de la música; sería hasta después de encontrarme con un blackero de la capital que empezaría por los derroteros de la horda. Claro, todos por su lado ya le coqueteábamos y qué decir del

Ángelus, el tipo era viejo blackero. Los otros dos, eran guitarritos mediocres, que no sabían ni majar la plumilla. El hombre descendió de las profundidades del infierno, tocó el solo de guitarra de Mr. Crowley del loco Ozzy y nos dejó con la boca abierta. Tramadísimos con el espectáculo, lo dejamos en la banda. Dieciséis años tenía el muchacho. Mesero, recién graduado y sin rumbo.

Los dos seguimos parchando fuerte; juntos ensayábamos los temas, el man me ayudaba un resto, tenía un oído de los dioses; cuando no cogía una nota en el bajo, el tipo me la cuadraba, hasta que me fui perfeccionando, pues nunca me dejaría de un pelado. Además, él me enseñaba argucias en la música y yo le enseñaba a leer a los poetas malditos, la generación beat, los Nadaístas. Una buena poesía y full dosis de marihuana. El mancito se me paniqueaba y yo le ayudaba a bajar del vuelo; así y de a poquitos el tipo se fue tragando, tragando, y me juró amor eterno y, como yo al amor poco, lo dejé viendo un chispero. Pero de ahí el man fue entendiendo y nos hicimos bien amigos, llaves, llaverías. Cuando en los bares me volvía mierda, el pelado me cuidada, le gustaba andar atrás de mí. Sin conjuros y sin nada de brujería, lo tenía. Pobre peladito. ¡Ja, ja, ja!

El hecho es que llevo como tres días de alcohol para darle la bienvenida a la mejor banda del país; el viejo Ángelus me regaló un Trip, Trip, Trip, como dicen los personajes de Chaparro, para que no me coja el sueño de la noche. Después de la ingesta, caí a la casa de Thonder; el pelado me prestó el baño y toda la cosa; me pegué un chapuzón para que me vaya quitando el viaje. Tomamos una sopa, mientras escuchábamos los temas de la banda Empire of Luciferian Race: Levántense, paganos, Levántense, hijos de Satanás, Levántate, escudos y espadas. El viejo Thonder aprendió a escuchar black metal. Ahora lo tocamos como banda. Jaguar le pone los sonidos de instrumentos

prehispánicos; es que el hombre fue a la Universidad, estudió Antropología y toda la cosa; el viejo Gato apoya con el piano y sus letras; Ángelus, a pesar de su edad, un monstruo en la voz y la batería. Nunca pensamos que seríamos blackeros. Inclínados al misticismo, la oscuridad, por eso el loco Jaguar se pegó tremenda caminata, pensando en que, si lo hacía, iba a sulfurarse de toda la espesa energía de los espíritus telúricos para poder llegar a tocar en la capital. Hoy estamos a un paso, teloneamos a la banda y con ellos nos vamos para el centro del país.

Le pasé las llaves de mi carro a Thonder y nos fuimos para el parqueadero. Había que pasar por el viejo Gato y los muchachos. El toque es por las afueras, para que los tombos y la gente no interfieran; si se enteran, caen redonditos, acaban con la felicidad, y con tanto trabajo que nos costó traer a la banda. Por nada, por nada, por nada, dejaremos que interfieran, tombos maricas. Pasamos por la casa del Gatico, recogiendo a los pelados y los instrumentos. Mientras trepábamos carretera, unos y otros pelones vestidos de negro caminaban a la ceremonia; algunos conocidos, otros no los habíamos visto en nuestras vidas. Encaramamos un amigo al carrito, nos apretamos un poquito, pero bien, todo bien. El man nos sirvió una bocanada de chapil:

—Viejo, háganle suave, que no van a alcanzar a pillar a la banda — le dije, devolviéndole la botella. Solo tocaban tres bandas: la banda del viejo Calígula, un man bien teso que fundó la primera banda de black metal en el sur de Nariño y nosotros, quienes le abríamos a Inquisition.



CLARO DE BOSQUE

Con La Colibrita, salimos como trueno cargado de fuego; ese carrito lo hacía mugir en cada ascenso de tierra de esta ciudad desapareja: subía, bramaba, metía cambio, movía la palanca de un lado, de otro, un frenazo en seco, un semáforo en rojo, que un besito con el rojo, rojo de sus labios rojos. El semáforo parece estático, congelado por la magia de La Colibrita. En ese entonces, un pitazo, pito aquí, pito allá:

—Muévanse o se van a piruetear en los segundos que demora el cambio a verde —tal vez, sí, gracias al apetito que nos tenemos con la princesa. La niña sumergía todo su pie en el acelerador, mientras sonaba una de Beatles; a decir verdad, más interesante se ponía la cosa cuando resonaba el falsete del rey diamante. Halloween, esta es la noche con mi hechicera, treparme en su cabellera rizada y hundirme en lo profundo de sus brujos ojos; Halloween, hoy es la noche con mi hechicera, y hechicera digo, porque hoy esta mujer me enseñará a robarle la pezuña al Diablo.

La pelada es un abismo; los susurros que coquetean en los oídos de la gente dicen que la muchacha tiene sus compactaciones con el Diablo, de ahí la canción Pacto con Lucifer. Cuando la vieja estaba ebria, se le salían todas sus posesiones; algunos dicen que es cuento de la muchacha, otros en realidad la vieron transfigurada. Hay quienes afirman verla levitando por las calles. Otros, abusando del chisme y de la fantasía, no niegan haberla pillado enamorando tipos, preferiblemente pelados, para después llevarlos a su apartamento, violentarlos rasgándoles la carne y comerles el corazón. Sí,

señores, cuentan que La Colibrita celebraba misas negras, las misas de los paganos, los ritos que en algún tiempo fueron reprimidos. En la casa de la muchacha se manifestaban fiestas orgiásticas contra la sociedad y la religión dominante.

La nombradía de La Colibrita retumbaba en estelares visajes por cada oído de los niños pubertos que se dislocaban en éxtasis cuando la niña entonaba sus mementos, siempre con su bajo, con su cabello enrojecido, serpenteado, reluciendo estirados resplandores, aun cuando la noche se teñía en oscuros boquerones. De uno en uno, los pelados caían a su casa o se derretían de amor cuando terminaba de entonar Pacto con Lucifer; en mí, tarareaban en réplica esos sentimientos; la noche en que la conocí, se presentía el olor a azufre. Los pelados me habían resguardado por toda la noche; es que ellos conocían las astutas artes negras del maléfico angelito, pero ¡qué diablos!; después que terminó de tocar, sentí como si me elevara en el espacio por un torbellino que me conducía hacia ella; fui hasta la barra donde estaba y le invité una cerveza.

Entonces,—¿De dónde toda la dulzura que impartes cuando canturrea tu guitarra? —El heraldo del bajísimo se levantó la botella y la absorbió de un solo bocado, hilos de líquido se desprendieron de su boca simulando la espontaneidad de la sangre cuando en el cuerpo se produce una llaga, tal cual cuando el cuchillito penetra sin aviso sobre el organismo contrario. Sin esperar que se terminara el toque, me pidió que la acompañe al parqueadero; los niños dispararon sus fusibles, mueca aquí, mueca allá, chasparreaban sus ojos en imploraciones, sus gestos relucían en luminosidades de aviso de lo que me esperaba:

—Te van a comer.

La niña tenía mala fama, de esa fama malísima que uno se crea

a fuerza de supuestos; es que sí, era mala, oscura, perversa, le gustaban los gatos, leía a Poe, era música, le gustaba el metal y hasta el carajo; por ahí yo ya me iba haciendo el cuentico de que tenía afinidades con la brujería; es que me alienaba, me embrujaba, me embaucaba. Lo terriblemente trágico es que era mi vecina, la tenía cerca, cerquísima, y nada, absolutamente nada. De suplicio, corajudamente me acontecía el saludo; de lo demás nada, nadita, nada. Lo otro que sabía de ella era su paseo en bicicleta al Parque de Los Ciruelos, un parqucito en el que se reunían metaleros después de un viernes cargado de música oscura; por ahí me habían contado que a la pelada le gustaba el black metal, era su preferencia; ya los Beatles y Led Zeppelin los tenía como meros iniciados:

—Pelados, a mí me gusta el mal, el diablo, soy una de sus concubinas —les había dicho. A mí lo que me gustaba de ella era su piel blanca, blanquísima, con su cabellito rojizo, ahogado de fuego: ¡ay, vampiresa mía, descendiente del corazón y la majestuosa pluma de Stoker!

Lo cierto es que un día me levanté con decisión, soné en la casetera Paranoid, de Black Sabbath, y repasé las palabras mágicas:

—Nenita, le invito una cerveza; a mí también me gusta el desterrado y los gatos y la literatura de Poe y toda la vaina; mi fascinación por el mal me hace pensarla siempre.

—Pensé en decirle todo todito en la sala de estar o tal vez esperar a que abra el portón y forzar un encuentro inesperado en las viejas escaleras, pero el solo meditar en el monte de nervios en que me convertía cuando la veía me hizo optar por buscarla en la calle. Salí de la casa, el sol estaba horrorosamente fuerte, inclementes rayos derretían como a cera mi cabeza. La pelada venía, pedaleaba despacio, como si en los ejes de su bicicleta cargara el universo; ella era el

universo; estuve listo, atento, iba a dar mi acometida, la pelada más cerca, las ruedas de la bicicleta sobre el pavimento:

—Pe-la-da —dije trastrabillando, garrapateando la voz. La pelada se detuvo, se quitó los audífonos, las gafas negras y yo casi me cago del miedo. Quietecita me quedé, no pude decirle nada, nunca pude, nunca puedo.

Lo cierto es que esa noche me fui en el carro de la pelada, los niños se quedaron viendo un chispero. Toda la vida cuidándome para que me vaya con uno de ellos, pero yo había elegido a mi vecina, mi vampiresa y esa fue mi oportunidad. Detuvo su carro en una calle desolada, oscurita y me mandó la mano a los pechos; respiré profundo, las manos me sudaban; la pelada se dio cuenta y siguió acariciando suavemente, mientras me succionaba los labios con agresividad. Un mordisco leve, uno más fuerte, dolor. Me desprendí un rato de su boca. —Perdón, me emociono y se me traspasa la vida —dijo, acariciándome la mano. Seguimos besándonos suavemente, despacio, hasta que nuevamente el envilecimiento se apoderó de las dos. El broche del pantalón rodó por las moquetas, mientras sentía una bandada de arañas por debajo de las bragas. Los reflejos me hicieron cerrar las piernas y la humedad apetecía la comezón de la tropilla de insectos. Cerré las piernas de inmediato. La nena se separó despacio. Encendió el carro nuevamente:

—Perdón —susurró en mi oído y en seguida:

—Te dejo en tu casa? —preguntó.

—Mejor, vamos a la tuya —le dije.

En el camino, compramos vino, algo de queso, maní y mortadela. Su casa quedaba en uno de los barrios centrales, El Gólgota. Era una casa antigua, con unas puertas enormes y una pila en el centro; el cuarto era enorme, con piso de madera y techo de duela. Del otro

lado de la habitación había un lugar que emanaba luces de velas y olores extraños; le presté el menor cuidado y mejor serví dos copas de vino. La nena llegó con un platico de maní, mortadela y queso picado, me llevó un tenedor con un trozo de queso a la boca, seguido de un sorbo de vino y tremendo beso. Inmediatamente me tiró en la cama, abrió mis brazos, sujetándolos duro con sus manos y empezó a besarlos hasta llegar al cuello. Con la rodilla abrió mis piernas y empezó a frotarlas sobre mi carne abierta. Crucifixión.

Cuando estuve completamente desnuda, fue por una vela y recorrió su luz por todo mi cuerpo, dejó la vela en la mesa de noche y empezó a besarme de pies a cabeza, los besos se transformaron en salivación. Espumarajeaba mi vientre, llenó de vino mi ombligo y lo sorbió como sangre para el vampiro, se posó sobre mi cuerpo con las manos en el cielo y balbuceaba palabras encantadas, plegarias; alcancé a captar “Laroie Pomba Gira”; no sé si esas eran las palabras, porque era un idioma inefable. Entendí lo siguiente, porque lo repetía en castellano: “Hermosa dama de la noche, yo te llamo e invoco para que trabajes para mí”. Después de las palabras, su boca cayó rendida sobre mi sexo, sobre la flor. Labios sobre labios. Flor sobre flor. Vino sobre pétalos. Cogollos difuminados en el aire. Hojillas mu-tadas en mariposas.

Tomamos más vino y la nena terminó desgonzada. Su cuerpo yacía del otro lado de la cama, desnuda, blanquísima, con su cabello rojizo enrollado. Mientras sonaba suavemente Claro de bosque, un tema de una banda de black metal bien del carajo, me levanté de la cama en busca del inodoro. La luz anunciada por las velas en el otro lado del cuarto atraía enormemente mi curiosidad; llevé el cuerpo despacio hasta donde estaban las velas; en cada acercamiento el olor se tornaba más fétido; de inmediato, la fragancia de la muerte

invadió mi nariz. Evidentemente, era el olor de la muerte; la nena tenía, en un altar con velas negras, cuerpos de animales disecados, frascos llenos de raíces y aguas sucias y espesas, ropa interior de hombres y mujeres, velas en forma de penes y vaginas, fotografías sumergidas en frascos con algodones y plantas; en uno de los retratos, la imagen del alcalde de la ciudad, consumida por fuego en las esquinas y atravesada en la mitad por el tallo de una raíz incrustada en una pluma de ave.

Asumiendo las recomendaciones de evaluación, se realizaron reducciones a capítulos extensos como, por ejemplo, el capítulo que en un principio se denominó "La iniciación", en seis capítulos denominados "Undívago", "La comunidad resonada", "La incisión", "Primates, esquirilas y Perros negros", "Zoospermo" y "De animales, raterías y babosas"; para intentar suprimir lugares comunes y adicionar rarezas sugeridas, en miras de corregir sustancialmente el relato.



Editorial
Universidad de Nariño

El sur del diablo

Año de publicación : 2024
San Juan de Pasto - Nariño - Colombia

Bajo el influjo del abrazo entre lo estridente y lo violento, emerge la escritura en este peculiar ejercicio literario. La fusión del subgénero musical del Metal con las resonancias acústicas que evocan el imaginario del diablo entre los metaleros de Ipiales da lugar a una obra titulada "El sur del diablo", donde la creación se entrelaza con la investigación de una manera tan inextricable como el devenir de las aguas del Guáitara.

Este proyecto, que se desarrolla en el sur de Colombia, aspira a enriquecer el espacio literario al tiempo que se adentra en las narrativas de un lugar enigmático y evocador. Desde los oscuros recovecos de discursos orales, tradiciones anónimas, y los susurros de la rumorología que fluyen por las conversaciones y callejones de las comunidades metaleras, se forja una novela en la que se develan las huellas y ecos de las voces que circulan entre estos entusiastas. Es a través de estos murmullos que se dan forma a personajes singulares como "los loquitos" - Gato, Jaguar, Thonder, Ángelus y Colibrita -, quienes se encuentran y desencuentran en un escenario: "El sur del diablo".



Editorial
Universidad de Nariño